Julio Carreras

Los Hermanos Wagner

Historia

Quipu editorial

Quipu editorial
editorial.quipu@gmail.com
Santiago del Estero
® Agosto de 2013

Los Hermanos Wagner

"Estudiar el pasado me ha descubierto la configuración del futuro".

Pierre Teilhard de Chardin

“De los documentos que he logrado obtener hasta la fecha, y de las observaciones hechas in situ*, se desprende, pues, que hemos entrado aquí en contacto directo con las huellas de una nación que pertenecía a una civilización autóctona de esta parte central de América del Sur, civilización posiblemente anterior a la Incásica, pero que, en todo caso, no parece haber sido influida por ésta, y cuya propia zona de influencia ha sido tan considerable que rastros de ella se hallan desde los Andes hasta el Paraná”.*

Emilio R. Wagner

Introducción

¿Habrían sido los Lules y Tonocotés herederos de una cultura milenaria? La comparación de sus producciones artísticas con otras de Grecia, Egipto y La India, sugirieron esto.

A medida que la ciencia antropológica avanza y va liberándose de prejuicios reduccionistas, se perciben aquí y allá, en todo el mundo, indicios de antiguas civilizaciones.

Un "Imperio de las Planicies" podría haberse desarrollado en lo que hoy es la provincia argentina de Santiago del Estero. Hace miles y miles de años atrás, cuando aún los océanos no habían separado las tierras para limitar continentes.

Misteriosamente -como tantas otras culturas, de África, Asia o incluso los Mayas- estos seres sumamente sabios habrían desaparecido de estas regiones. Sus obras perduraron, sin embargo, y sus esencias conceptuales podrían haber sido absorbidas por pueblos que ocuparon los mismos sitios, milenios después.

En su volumen *Arqueología Comparada*, *Resumen de Prehistoria*, Emilio R. Wagner y Olimpia L. Righetti consignan lo siguiente:

"Si damos una sencilla mirada a un mapamundi, encontramos entre África, Australia, Asia y América, una extensa superficie del globo cubierta por el Océano Pacífico, en donde no aparece ningún otro continente, pero que tiene una infinidad de islas, pequeñas en su mayoría ─aunque las hay de todos los tamaños─, y cuyo origen es volcánico, en general. Esto nos da de inmediato la impresión de que en aquel vasto espacio de los mares, existió un continente actualmente sumergido bajo sus aguas a consecuencia de algunas de esas fluctuaciones de la capa terrestre…

"Las cumbres de sus montañas serían las que emergen actualmente del fondo del mar formando esas innumerables islas que allí existen. […]

"No podemos dejar de pensar, pues, que a medida que aquellas tierras… desaparecían paulatinamente bajo los mares al correr de los siglos, sus habitantes buscaron otros puntos del globo para establecerse al amparo de las aguas invasoras.

"Emigrando en grandes masas, por oleadas sucesivas que tal vez fueron separadas por largos espacios de tiempo, y ayudados por los medios de navegación de que disponían, ganaron las costas más cercanas, en particular las de Asia, continente

con el cual podían tener ya relaciones o por lo menos el conocimiento de su existencia. Al desplazarse llevaron consigo su religión, sus industrias y sus artes, es decir, su civilización y su cultura, ya muy evolucionadas. […]

"Esas olas inmigratorias que de su lugar de origen traían ojos horizontales, se extendieron poco a poco sobre el continente asiático. Allí se habrían separado originándose dos grandes corrientes que más tarde dieron nacimiento a las naciones civilizadas de América.

"Una tomó rumbo hacia el oeste de Asia, se extendió por la India, el Mar Rojo y Egipto. También penetró en Asia Menor por el Tigris y el Éufrates, pasó por el Mar Caspio llegando hasta el Cáucaso, y al correr de los siglos siguió su marcha por el Mediterráneo, el norte de África, el sur de Francia, Iberia, las islas Azores, y por el continente de Atlántida, si aún existía, u otras islas, ganó las Antillas y la costa de América Central.

"Luego, por las Guayanas, llegó al Amazonas, y penetrando por los grandes ríos, alcanzó las planicies del interior y los Andes, hasta Chile y la Argentina."

De tal manera, la teoría de los hermanos Wagner, formulada sobre la base de más de 70.000 piezas arqueológicas obtenidas de sus excavaciones en Icaño y otras zonas aledañas en el interior de

Santiago del Estero, sostenía que una antiquísima cultura prehistórica, nacida en un continente del Océano Pacífico, es el origen de toda civilización humana.

Recién hoy la comunidad científica internacional comienza a sensibilizarse por los descubrimientos de Emilio y Duncan Wagner. Más de un siglo después de que estos franceses entregaran sus vidas por tras de una búsqueda extraordinaria y fértil. Que los sacaría de su país y su cultura para siempre: ambos murieron en Santiago del Estero, el lugar donde se desarrollaban sus investigaciones. Este libro busca sintetizar lo esencial de su gesta científica y sus concepciones.

Los Hermanos Wagner

La sala de la Sociedad de Estudios Americanistas de París estaba completamente abarrotada por el público. Sobre la pantalla, una máquina por entonces aún muy poco conocida proyectaba imágenes magníficas, a todo color: ocarinas, urnas funerarias infantiles, ollas de cerámica, tazas. Corría el año 1939. Un hombre delgado, calvo, con escaso cabello rubio encanecido prematuramente y barba de sabio, disertaba:

–Estas elegantes fusaiolas –decía–, ornadas con motivos simbólicos, que emplearon hace miles de años las morenas hilanderas de Santiago del Estero, no se diferencian en nada (ni siquiera en sus más mínimos detalles) de las que hacían girar en sus blancas manos las princesas troyanas, cuya belleza y virtudes domésticas ha celebrado el inmortal ciego–.

Era Duncan Wagner, hablando de los descubrimientos que su hermano, Emilio, había realizado y enfervorizaban a los americanistas de Francia: la Civilización Chaco Santiagueña.

Las imágenes de la pantalla, eran primorosas pinturas de Olimpia Righetti, bella y talentosa joven santiagueña a quien los sabios habían preparado para obtener, con su virtuosidad plástica, las más

hermosas reproducciones de miles de obras prehistóricas halladas, en ocasiones fragmentariamente, en sus incesantes excavaciones.

–Muchas de estas reliquias arqueológicas –continuó Duncan Wagner–, son absolutamente idénticas a las halladas por Schliemann en las ruinas de Troya–.

Aquí un murmullo de asombro y algunos cuchicheos se hicieron oír desde la sala.

–En la imposibilidad de extenderme lo bastante sobre un tema que ofrece tanto interés, nos reduciremos a pediros sigáis con nosotros las peregrinaciones de dos de estos infatigables viajeros: el ojo en la palma de la mano, y la muy conocida y medianamente bullanguera svástica–.

El rumor sorprendido del público y los comentarios en voz baja cundieron esta vez de un modo más intenso aún: sobre la pantalla había aparecido una lámina con dos bellísimas reproducciones de milenarias pictografías santiagueñas. Era verdad: las figuras mostradas allí, perfectamente podrían haber sido troyanas. Incluso superaban a aquellas en sugestión abstractiva y estilo.

Poco antes el gobierno de la República Francesa había otorgado a Emilio Roger Wagner la máxima distinción que se confiere, en ese país, sólo a unos pocos elegidos: la medalla de la Legión de Honor,

designándolo con esta Caballero de Francia. Emilio no necesitaba que el Estado le crease títulos nobiliarios: por nacimiento había heredado a través de su madre los de la noble casa Miskiewicz de Polonia. Adele Henriette Miskiewicz, hija del conde polaco exiliado en Inglaterra, conoce allí a Raul Wagner, diplomático francés, con quien se casa y conciben siete hijos. Dos de ellos, Emilio y Duncan, harían de Icaño su patria cultural.

Tampoco eran novedosos, para ellos, los altos espacios de intercambio cultural europeos. Su abuelo, conde Juan, había alternado con el anciano Goethe. Su abuela pertenecía a la casa Ratziwill. A Emilio no le conmovían las lisonjas aristocráticas. Mas la valoración de su descubrimiento extraordinario, la comprensión del horizonte inmenso que este abría a las Ciencias Humanas… eso, sí, le había arrancado algunas lágrimas en aquella oportunidad.

Es que Emilio, oficial del Ejército Francés durante la primera guerra, se había encontrado al regresar a su querido Mistol Paso con que su patrimonio, edificado durante 14 años sobre un ambiente agreste, había desaparecido por las malas artes de su proclamado amigo, a quien como abogado dejara en custodia. Que sus descubrimientos, efectuados con tanto sacrificio, no eran reconocidos por la indiferente Academia de

Arqueología de Buenos Aires o ni siquiera en otras provincias argentinas. Y que los gobiernos de Santiago del Estero, enfrascados en otras cuestiones más "importantes" (como vender rápidamente y a precio vil los inmensos bosques, para enriquecer a pocas familias y sostener una administración pública improductiva), le negaban, sistemáticamente, hasta la mínima ayuda para continuar sus investigaciones.

Amargada su euforia victoriosa al regresar de Francia luego de haber expulsado a los alemanes, Emilio no tuvo más remedio que transferir su propiedad al abogado que decía haberlo "defendido" de supuestos litigios, obteniendo una tan enorme regulación de honorarios, que el sabio no hubiese podido pagar, aún trabajando con ese único objeto por muchos años.

Ingenuo, impaciente por su obsesión de continuar sus investigaciones antropológicas, aceptó entonces con alivio la sugerencia de su "amigo", el abogado santiagueño Napoleón Taboada. Quien le ofreció firmar la escrituración a su nombre de los enormes terrenos de Mistol Paso, como prenda: "hasta que juntara el dinero para poder pagar". Por cierto, le dijo que jamás lo iba a molestar y podría seguir viviendo allí cuanto tiempo quisiera. Con cierto regusto amargo pero a la postre feliz por sacarse de encima aquel fastidio, Emilio Wagner firmó la

escrituración de sus propiedades a nombre del abogado. Tal vez no sabía que así estaba despojando a su familia, para siempre, de un patrimonio que dotó a la nación argentina de muchos de los mayores descubrimientos arqueológicos en toda su historia. Y condenando a su única hija, también, al desamparo.

Vigoroso, aplicado, sistemático, infatigable, recreó la prosperidad básica de su entorno familiar en Mistol Paso y se lanzó nuevamente a su fabuloso empeño. Una tras otra recuperaba piececitas fragmentadas que luego, como en un rompecabezas, iban conformando mágicamente ánforas, ollas rituales, vasos… Rostros, serpientes, lechuzas, estrellas, esvásticas, ojos, iban apareciendo semana tras semana, año tras año, formando ya un inmenso museo que mostraba las maravillosas producciones de un arte elevadísimo y singular.

Pero detengámonos aquí y veamos ordenadamente quién era Emilio Wagner y cómo llegó a Santiago del Estero.

Enamorado de Icaño

“Icaño era su pasión.”
Orestes Di Lullo
Viejos pueblos (1946).

Emilio Roger Wagner había nacido en Ormiston, Escocia, de padre francés y madre polaca, en 1868. Hizo sus estudios secundarios en St. Michel, de Friburgo, Suiza. Más tarde estudió en la Academia Militar de Saint-Cyr-l'École, de donde egresó como oficial del Cuerpo de Dragones.

“La vocación por el estudio de las Ciencias Naturales –dice su hermano Duncan– y el amor por la Belleza y la Antigüedad han sido para mi hermano y para mí cuestión de herencia: las hemos bebido, puede decirse, al mismo tiempo que la leche materna”.

Según esas breves precisiones autobiográficas, su abuelo materno “el conde Juan Mickiewicz, que siendo joven conoció a Goethe en su olímpico retiro

de Weimar", obtuvo "de la frecuentación a este ilustre escritor apasionado por la botánica, y de los grandes profesores del Jardín del Rey, transformado en Museo de París […] un vivo gusto por esas Ciencias, de por sí tan atrayentes".

De aquellas relaciones juveniles viene –según Duncan– que el conde *od Mickiewicza* (su abuelo) "instalara bajo el cielo poco propicio de Varsovia, tibios invernaderos, tan espaciosos como para que las grandes palmeras y otras muestras de flora tropical se encontrasen cómodas.

"Fue de los primeros en poseer en esas tierras boreales, soberbias colecciones de orquídeas de las Indias de la América del Sud".

Duncan dice que el abuelo materno era un "gran señor agricultor, industrial y armador", a la vez que "coleccionista entusiasta de antigüedades de la época clásica y del Renacimiento". Su fuente de recursos provenía de ricas minas de oro y piedras preciosas que poseía en "el Ural". Estas industrias "le habían permitido lo mismo que ir a buscar a Carrara y a Paros los mármoles para su palacio de Varsovia, hacer venir de Cuba todo un cargamento de tierra vegetal extraída de las vírgenes florestas de esta isla de clima tropical, a fin de asegurar a sus plantas y flores preferidas las condiciones de existencia más favorables".

Del abuelo paterno, Carlos Raúl Wagner, Duncan dice que “era a la par escultor, esmaltador y cincelador”. Dedicado a la orfebrería “renovó asociado a Maurice Froment los métodos envejecidos de la joyería de arte francesa, caída desde la Revolución y el Primer Imperio en lo banal, lo convencional y lo monótono”. Amigo de Honoré de Balzac, el prolífico escritor comparó a Carlos Wagner con Benvenuto Cellini.

Duncan recuerda de su infancia junto a su hermano Emilio, haber admirado “sus colecciones de estampas y de mármoles antiguos, que había reunido en sus viajes por Italia, Grecia y Egipto”.

Luego de haber hablado de su hermano Emilio y sus ancestros inmediatos, Duncan nos deja apenas cinco líneas referidas a sí mismo. Atraído en la adolescencia por la Historia, se dejó llevar muy pronto por “otras inclinaciones más vivas [...], seducciones de los trabajos artísticos y literarios y sobre todo ambiciones de riqueza y poder”, además de “gusto por la aventura en todas sus formas”. Cuando su hermano empezó a interesarse por la Argentina, Duncan emprendió una búsqueda minera en Brasil y continuó más tarde con actividades empresariales en el área de la Electricidad.

En sus brevísimas notas biográficas vuelve a su hermano, para decir: “No ocurrió lo mismo [que conmigo] con Emilio, el futuro explorador de la

Mesopotamia y del Chaco en Santiago del Estero. En él su inclinación al estudio de la naturaleza" se convirtió en "una verdadera pasión, destinada a ejercer una influencia decisiva sobre el curso de toda su existencia".

A los 27 años Emilio Wagner parte con su hermano a Sudamérica. Interesado inicialmente por la entomología, el gobierno de Francia lo apoya en sus investigaciones, designándolo Encargado de Misión del Museo Nacional de Historia Natural de París. En 1895 los Wagner recorren la provincia de Santa Fe; en 1889, Tucumán, y poco después, Santiago del Estero.

¿Qué sucedió en el alma de Emilio, al ingresar a los por entonces todavía tupidos bosques santiagueños? No podríamos decirlo. Lo cierto es que desde entonces no abandonaría jamás esta región.

Luego de su primera visita, en que alcanza a recorrer Icaño, Mancapa, Vacas Níoj, tierras de tonocotés, lules y comechingones, seguirá su viaje: pero ya había herido su imaginación, de un modo singular, el Espíritu de esta selva –que pronto iba a ser definitivamente violada. Proféticamente, en su Diario, Emilio Wagner anotaría, poco más tarde:

"[Santiago tiene]…clima ardiente pero sano, extensas llanuras boscosas que el hacha, poco a poco, convierte en estepas de maleza espinosa y en

salitrales, salvo en la mínima parte de su suelo que ha sido cultivada. [...]

“Sus esteros contenían enorme cantidad de peces y de aves acuáticas y en sus inmensas llanuras y praderas, sus extensos bosques y sus abras, vivían en paz multitud de animales de pelo y pluma.

“Los “prosopis” (algarrobos) diversos, los mistoles y los chañares aún no habían caído bajo el hacha y cada año producían abundantes cosechas de frutos, que constituían para el poblador, juntamente con el maíz, la base de su nutrición.

“Lo mismo ocurría, sin duda, en épocas remotas de la prehistoria, […] …allí mismo han logrado desarrollarse, en otras épocas […] civilizaciones florecientes y hasta exuberantes. […]

“Debido al bienestar que proporciona la abundancia, esos antiguos pueblos de inmigración [aborigen] han conservado aquí el grado de civilización avanzada con el cual llegaron a estos parajes”.

Luego de su primer recorrido en Santiago, el joven entomólogo parte para Misiones, donde explora el Río Iguazú y la Banda Brasileña (1892). Sigue junto a su hermano por los estados de Santa Catalina y Paraná, las Sierras del Mar y de Mantequeira y el sertâo del Río Negro (1893). Enseguida, Emilio y Duncan regresan a Misiones, desde donde parten muy pronto para el Contestado

brasileño, surcan el Río Uruguay, el Río Alto Uruguay y el Río San Antonio (1894), estudiando su biodiversidad. Continúan por el río Alto Paraná en el Paraguay (1894), para regresar finalmente a Misiones (1895).

Otra vez en Brasil, algunos meses más tarde recorren los estados de Santa Catalina y de Paraná, además de los de Sierra del Mar, Sierra Verde, Río Carabatao, y Lapa Campos de Carapaava (1896). En 1898 los hermanos Wagner reconocen El Chaco Argentino y de allí pasan, otra vez, a Santiago del Estero.

Todavía efectúan expediciones a Sierras de los Órganos, la Tijera, los Tres Hermanos y Laguna de Moranguy Grande, en Río de Janeiro, Brasil (1899). Emilio recorre en canoa el Río Salado y queda prendado para siempre de sus bosques y sus aguas. Decide entonces quedarse a vivir aquí. Su hermano Duncan, en esa etapa, preferiría afincarse en Brasil, donde muy pronto lo encontramos afanado en emprendimientos industriales relacionadas con la provisión de Energía Eléctrica.

Emilio compra en 1.900 Mistol Paso. Y aquí comienza la principal aventura de su vida. "¿Qué raro misterio influye, qué razón poderosa le ata a esta tierra, en la que más tarde había de descubrir uno de los tesoros arqueológicos más importantes

de América?”, dice de él Orestes Di Lullo, quien lo conoció:

“Icaño era su pasión. Cultiva la tierra, realiza obras hidráulicas para levantar el agua del río, que, ahí al borde de la casa que construye, se desliza, hondo y manso, cubierto de una densa siembra de árboles. Allí, vive”.

La Civilización Chaco Santiagueña

En *Vidas Paralelas*, el griego Plutarco desarrolla las biografías de hombres del mundo antiguo por pares, tomando a un héroe romano y otro griego para mostrar similitudes salientes entre sus principales acciones.

En la vida de Emilio Wagner es difícil eludir la comparación con el creador de la Teoría de las Especies, Charles Darwin.

Ambos fueron entomólogos –estudiosos de los insectos–.

Ambos aprovecharon viajes a Sudamérica para profundizar sus estudios sobre la naturaleza. Y ambos, de un modo al parecer repentino, dieron un vuelco profesional, dejando la actividad científica desarrollada durante toda la primera etapa de sus vidas, para pasar a otra diferente. Darwin se lanzó al plano más vasto y extenso de la biología antropológica; Wagner al de la Arqueología y ciencias de la Historia.

Pero las teorías desarrolladas por Emilio Wagner sugieren un tercer paralelismo: este hacia su homónimo Richard, uno de los más gigantescos

compositores alemanes.* Con el compositor de Parsifal lo unen otros aspectos menos difundidos, como su proyección metafísica, o la escasa importancia que dieron a cuestiones materiales, actitud que los llevó en muchos pasajes de sus vidas a depender de pequeños canallas, que los sometieron a humillaciones por sus carencias económicas.

Y todavía un cuarto: con el también alemán Heinrich Schliemann, durante décadas tomado para la burla por los académicos europeos debido a su teoría de que Troya había sido un poblado real y no imaginado por Homero, como sostenía la ciencia de entonces.

Hacia 1902 encontramos, pues, a Emilio otra vez en Icaño, construyendo lo que sería *su lugar en el mundo*. Pese a esta decisión, no deja de viajar con su hermano Duncan, todavía enfrascados en investigaciones principalmente entomológicas. Así, recorren Santa Fe, el río Las Garzas (1903); río Rabón y Loma Negra, en Brasil (1904); y es entonces, recién, cuando Emilio regresa a Santiago del Estero para terminar su casa y montar su explotación agropecuaria en Mistol Paso.

Es en esta etapa de su vida, a los 36 años, que comienza a gestarse en su imaginación el esquema de su tesis antropológica, llamada a revolucionar las ideas de entonces. Asombrado por los fragmentos de vasijas antiguas y otros enseres de altísima calidad estética que encuentra, casi en cada lugar donde excava en Mistol Paso, se figura que estos dibujos no podrían haber sido efectuados por "salvajes crinudos cubiertos con pluma de avestruz", como se describía por entonces a los nativos con desprecio. "Estas obras de arte –piensa Wagner– son semejantes a las creadas por el neolítico helénico, incluso superiores".

Su hermano Duncan describe así este momento:

"Mientras contemplaba (Emilio) los túmulos que diseñan en el horizonte su perfil más o menos acentuados e interrumpen algo la monotonía de los paisajes formados por planicies cortadas por extensiones boscosas como sucede en el interior de la provincia de Santiago del Estero, su interés se vio vivamente solicitado por los fragmentos de vasos pintados de vivos colores que él hollaba con su planta. Los resultados de las primeras excavaciones le permitieron enviar al Museum de Paris cierto número de piezas de cerámica, algunas marcadas con el sello de rara y original belleza". Según Duncan, las autoridades del Museum de Paris "le rogaron proseguir esas investigaciones".

Allí comenzaría entonces una verdadera maratón, no exenta de sinsabores, entre obtener las pruebas con valor científico que sostuvieran su magnífica tesis, cosa no poco trabajosa, para la cual debía pasarse horas explorando, sin remuneración alguna, y las exigencias de la imprescindible subsistencia cotidiana.

El estallido de la Primera Guerra Mundial lo coloca ante la disyuntiva ética de acudir en defensa de su país, o quedarse a proseguir con sus fascinantes investigaciones y construcción del espacio paradisíaco donde había decidido fundar su hogar físico. La decisión que toma define claramente su alta dimensión moral: parte hacia su Patria, donde se alista como oficial voluntario.

Confía el cuidado de todos sus bienes a un amigo que se presentaba como entrañable: Napoleón Taboada, un abogado de la Capital, Santiago. Cuando regresa, eufórico por la victoria francesa, encuentra que su ganado había desaparecido: fue llevado a una estancia de los Taboada, en Pinto, le informan: y por manejos inadecuados, no existe más. "Las pocas vacas que quedaron, están todas engusanadas", se lamenta Miguel Aymeric, su principal colaborador. Taboada, su "amigo del alma", le presenta además una situación equívocamente peligrosa, en la cual cae, llevado por su bonhomía e ingenuidad.

Se entera de que, poco después de su partida, el alemán Otto Wulff había reclamado el pago de $ 200 (de entonces) por alquileres atrasados de un médico italiano, amigo, a quien Emilio Wagner saliera de garante. Parece que al alemán lo impulsaba también animosidad política, dados los enconos de guerra por los cuales el científico francés había partido hacia Europa, para luchar contra el país del demandante. Entonces Taboada elude arreglar el litigio a través de una mediación ("con vender dos vacas de las centenares que allí había, podría habérsele pagado", considera, muchos años después, Haydée, la hija de Wagner); el abogado decide, en cambio, litigar contra Wulff en los Tribunales de Santiago. Gana el juicio, eximiendo con ello a Emilio de pagar la pequeña deuda de su ausente amigo italiano y "salva su buen nombre y prestigio". Pero la regulación de honorarios que dictamina el juez por tal "defensa" arroja a favor de Taboada la bonita suma de… ¡$ 25.000!...

La hija del sabio Emilio Wagner narra, en dolida crónica -publicada por primera vez en nuestra *Historia de Icaño* (2007), detalles de la sinuosa operación:

"Según Aymeric me expresó" dice Haydée Wagner, "Taboada aprovechó muy bien la euforia de don Emilio, que volvía de ganar la guerra

expulsando a los invasores de su Patria. Entonces lo indujo a transferir esa propiedad, en prenda por sus honorarios, sin más, cosa que don Emilio hizo pensando que alguna vez la recuperaría. Nunca pudo, aunque hasta los últimos años de su vida lo deseara, según Canal Feijóo, que estaba con esos trámites cuando don Emilio falleció, en 1949".

Pese a ello, Taboada permitió (con sospechosa generosidad, según la hija de Wagner) que don Emilio habitara en la propiedad, supuestamente hasta que pudiera juntar la cantidad necesaria para recuperarla.

Esta prenda maldita debe de haber envenenado amargamente toda la vida del sabio. ¡Cuántas veces en sus sacrificadas expediciones a la selva, con un solo caballo donde cargaban los enseres de excavación él y su hermano, habrá vuelto a su mente esa preocupación constante, principalmente por el futuro de su familia!... En carta a Canal Feijóo, sintiendo ya acercarse el ocaso de su vida, don Emilio prácticamente implora a Gaspar Taboada, administrador de esa linajuda familia de depredadores, para recuperar aunque más no fuera por caridad la posesión plena de su campo en Mistol Paso. "Quiero que te entiendas con Canal Feijóo" dice por carta a Taboada, fechada en diciembre de 1946 "para ver si me hacen condiciones y precio acomodado para que pueda comprarles Mistol Paso,

ya que deseo aprovechar el año lluvioso y mis últimos años de actividad, y buscar resucitar mi antiguo nido para tener en donde descansar en paz, y dejar un hogar a mi hijita Haydée, que es todo lo que queda de mí y de mi otra familia. * ¡Vos sos archimillonario y Napoleón está muy, muy bien!", señala, en una apelación que –como se vería luego de su fallecimiento– no obtendría más que las hipócritas respuestas elusivas a que son tan afectos árabes e hispánicos santiagueños. Pero que ocultan una voluntad de rapiña implacable. La familia Wagner sería finalmente despojada de todas sus propiedades por Taboada.

Pero volvamos a 1918: finales de una guerra victoriosa para Francia y Emilio, veterano oficial triunfante, con 50 años de edad, sólo está obsesionado por aplicar todas sus fuerzas a recuperar los años invertidos en el campo de batalla europeo. Le importa casi únicamente la investigación científica. Monta como puede una explotación de alfalfa, con sus propias manos construye centenares de cajones para criar abejas, destinadas a la producción de miel. Arregla las enfardadoras, construye galpones para almacenamiento, abre canales para riego, iniciándolos en el río. Mas anhela con preocupación, únicamente, encontrar suficientes

piezas arqueológicas, que apuntalen su teoría científica, y escribir los libros que leguen esos extraordinarios hallazgos a la posteridad.

Cuenta con los títulos revalidados de Encargado de Misión y Enviado Especial y Representante del Museo de Historia Natural de París para la Argentina, Brasil y Paraguay, a los cuales se agrega en 1919 el de Encargado de Misión del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes de Francia en la América del Sud. Pero es poco probable que, además de abrirle puertas oficinescas, le hayan dotado de alguna suma que le alcanzara para sus investigaciones. Su hermano Duncan, en conferencia de 1932, se queja elípticamente de la carencia de recursos y apoyo oficial con que debieron efectuar sus trabajos científicos: "lo que la previsión y la perseverante voluntad del hombre mejor preparado para alcanzarlo no había logrado, un capricho de la suerte estuvo destinado a ponerlo de golpe al alcance de su mano". Duncan describe este hecho fortuito, así:

"Una pequeña ocarina con sonidos más o menos melodiosos fue encontrada en el borde de un sendero del Chaco por un modesto leñador […] y en las proximidades algunos vasos pintados con brillantes colores. Este descubrimiento, de por sí insignificante, tuvo esta vez, el don de llamar la atención de la prensa local y de algunas

notabilidades de la capital de la Provincia. Mi hermano se ofreció a verificar la verdad de los rumores esparcidos, los poderes públicos entraron en movimiento. Una pequeña suma fue puesta a disposición del director del Museo Arqueológico, las primeras excavaciones emprendidas se vieron coronadas del mayor éxito y desde entonces no fueron jamás completamente interrumpidas".**

Había recibido hasta entonces el desprecio de la comunidad universitaria argentina. "…ni el eco de las vibrantes y proféticas palabras pronunciadas […] por Francisco Moreno, ni la exclamación emocionada de Juan B. Ambrosetti" a favor de los descubrimientos de Wagner, "ni las palabras de Florentino Ameghino lamentándose de que la pequeña colección que había motivado el juicio hecho por Francisco Moreno "haya sido perdida para la ciencia", ninguna de esas manifestaciones de los grandes precursores de la arqueología argentina, había tenido la virtud de despertar el interés de los representantes de la ciencia oficial. [Para aquella europeizada burocracia portuaria] El nombre de Santiago del Estero parecía que *debía* quedar para siempre, fuera de los fastos del Americanismo".

En 1927, Duncan Wagner, hastiado de sus actividades empresariales en Brasil, había decidido unirse a la búsqueda apasionante de su hermano.

Orestes Di Lullo pinta así al Duncan Wagner de esa etapa:

"Duncan, del secretariado de la Usina Central de Azúcar de Pojuca, Brasil, pasa a la publicación de su libro *Le Banquet*. De la fundación de múltiples ingenios y colonias a la redacción de la Revista Franco-Brasileña. De la empresa comercial al estudio de la arqueología, con el mismo ahínco y la misma tenacidad de su espíritu inquieto. Y si fracasa en sus afanes industriales y se malogran sus propósitos, triunfa en cambio en vida de sus afectos más caros, en el mundo de la ciencia y de la cultura, ayudando a su hermano a salvar del olvido una de las civilizaciones más antiguas del continente".

Por su parte, el publicista y explorador francés describe esos tiempos:

"…las primeras etapas de nuestro largo viaje han sido realizadas en las condiciones más modestas y menos confortables. Un pequeño grupo compuesto de cinco o seis hombres, a lo más conducido por mi hermano y yo, veteranos, es verdad, de la maleza y de los bosques, era todo lo que constituía el personal de la Misión.

"En calidad de medio de transporte poseíamos por todo y para todo, un viejo caballo de buena raza criolla, valiente y servidor acostumbrado, como sus amos, a afrontar con ecuanimidad las rudas marchas

y de un alimento casi siempre insuficiente, como de costumbre”.

El tesón y la fortaleza de estos hombres son proverbiales. La escritora Clementina Rosa Quenel los encuentra saliendo de la tupida foresta, cubiertos de tierra hasta la cabeza, las manos partidas de tanto cavar, con la piel casi negra por el ardiente sol, pero en el rostro brillando como gemas sus azules ojos por el entusiasmo de los descubrimientos (según narró en un artículo publicado por El Liberal a principios del siglo XX).

* Con la frase “mi otra familia”, Wagner se refiere a la que dejase en Europa. Su hija Haydée dice que don Emilio Negaba cualquier relación con el músico alemán Richard Wagner. Para acentuarlo aseguraba, incluso, que su apellido se pronunciaba “Vagnég”, es decir, era netamente francés. Ocurre que don Emilio sentía, también, bastante aversión hacia lo germánico. Quizá las raíces de ello, fuera que su origen familiar paterno provenía de la región Alsacia-

Lorena, como se sabe largamente asolada por los ejércitos alemanes.

** “La Civilización Chaco-Santiagueña”. Conferencia del Señor Duncan Wagner, Vice Director del Museo Arqueológico de Santiago del Estero, pronunciada en el Centro Naval de Buenos Aires el 23 de Abril de 1932.

Mistol Paso

Emilio no había podido olvidar unos ojos de mujer santiagueña durante los más o menos treintaiséis meses que estuvo en la guerra. Lleno de fastidio cuando en su estudio capitalino Taboada imponía las condiciones sobre su expoliación, sólo pensaba en volver a Icaño para buscarla. La tarde siguiente, con el pretexto de pactar algunos trabajos con su padre, a quien conocía, Emilio fue a su casa con la esperanza de volver a verla.

Una frescura, una paz, un dulce confortamiento acarició su corazón cuando la muchacha alta, delgada, de cabellos suaves y rasgos delicados apareció como una maravillosa proyección de sus ensueños por una puerta enmarcada en quebracho. Con mano temblorosa recibió ese mate de plata que la hermosa mujer le alcanzaba.

Algún tiempo después, sólo el suficiente para terminar de reconstruir Mistol Paso, que había caído a plomo después de la "administración" Taboada, se casaron. Eladia González era hija de un criollo icañense, hombre noble y sencillo, hachero que con

su familia alquilaban la fuerza de sus brazos para tareas forestales.

El sensible francés había encontrado en ella aquél misterioso refinamiento, la bella irradiación de la tierra, la silenciosa música de nuestras razas originales, que en ninguna otra mujer argentina, hasta entonces, percibiera. A pesar que él se había manejado, desde que llegase 20 años atrás, entre clases por sí mismas nominadas "altas". Las que en Argentina suelen constituir patéticos remedos de la apariencia, modales y mentalidad europea, preferentemente británica.

En todos los años que compartirían, desde allí, Eladia sería para Emilio la encarnación viva de su entelequia *: la Cultura Chaco Santiagueña.

En 1923 les nació la primera niña, a quien bautizaron Adela. "Era tan bella que los vecinos de 100 leguas a la redonda venían a verla", narraban luego de su fallecimiento, dos años después.

Por algún misterioso sino de su existencia, Emilio y Duncan parecían destinados al dolor. Pero como el piloto del esquife atrapado por la tempestad en alta mar, que se resiste a los furiosos embates del viento y el agua congelante aferrado al timón, Emilio quiso tener otra hija y junto a Eladia lo consiguió. En 1926 nació Haydée, quien los acompañaría hasta el final y más tarde sería la mejor garantía para que su lucha no se pierda.

Icaño era y tenía en los años 20 todo lo que un alma sensible necesitaba para ser feliz. Haydée –hoy con 87 años– recuerda las maravillosas tardes de otoño cuando con su padre y su madre salían a tomar el té sobre la leve gramilla en la ribera del Salado.

"Poníamos un mantelito en el suelo", cuenta, "mi madre destapaba las canastillas que había preparado, donde había masitas, bizcochos, palitos de miel... y en tacitas de porcelana, nos servía el té..."

Con el suave rumor del río como cortina armoniosa miles de pájaros tejían perseverantes urdimbres musicales entre la floresta.

"Los árboles eran tantos en Mistol Paso, tantos y tan tupidos", cuenta doña Haydée "que formaban larguísimos túneles, sombrillas naturales sobre los caminos..."

El paseo hasta elegir un sitio donde tomar el té aquellas tardes era un delicioso transcurrir por sobre alfombras de hojas, "los algarrobos se juntaban haciendo techo, los chañares, formaban larguísimas sombrillas doradas protegiendo los caminitos".

Tía Cecilia, una francesa casada con Duncan, reprochaba a la ya adolescente Haydée que una indiecita, a quien habían adoptado luego de salvarle la vida en Brasil, aprendiera francés y en cambio ella no. Pero Haydée aprendió quichua. A Haydée le

interesaba más conocer la lengua de su madre que la de los europeos. No fue algo deliberado, sino natural. Allí aprendió quizás que el amor enseña mejor que la racionalidad. Pues más tarde sería autora del "Método Wagner", de educación para los más pequeños, que enseñaría a leer a miles de niñitos santiagueños. Entre ellos a Guadalupe, la hijita de quien escribe estas líneas.

A su casa de Mistol Paso iban todo tipo de personajes, muchos de ellos extranjeros. A veces se hacían fiestas. Se escuchaba a Mozart, Vivaldi, Haendel, en gramófonos a batería.

Se hablaba de los abuelos de los Wagner, por parte de madre también condes de Ratziwill,** aquellos que se rebelaron contra la dominación del zar, y fueron perdiendo casi todo lo que poseían por causa de su patriotismo. ***

Wagner era un hombre de costumbres austeras, disciplinado, de mente pura, corazón noble y cuerpo sano. Durante horas podía hachar un gigantesco árbol, hasta derribarlo, solamente si lo necesitaba.

Por lo general cuidaba hasta a las hormigas, en Mistol Paso no se debía herir nada de lo natural, salvo que fuese estrictamente necesario. Cuando caía un árbol, derribado por alguna tormenta, don

Emilio lo quitaba de en medio; se lo utilizaba para leña, construcción de techos u otro fin, pero luego cuidaba amorosamente la raíz. "Vamos a dejarle este gajito, este gajito y este..." decía, mientras lo limpiaba "el pobre no tendrá fuerzas para los más grandes, después de lo que le ha pasado, pero de estos chiquitos se va a recuperar..." Y los árboles volvían a crecer, recuerda su hija, con emoción.

A don Celasio, uno de los trabajadores del campo, una tarde se le acercó pues él fumaba y fumaba...

–¿Por qué fumas, Celasio?, le preguntó. Como única respuesta el rudo campesino se encogió de hombros.

–No fumes, Celasio, te va a hacer mal... no es bueno fumar...

Celasio nunca le hizo caso. Y murió de cáncer a la faringe.

Doña Haydée Wagner recuerda que había un hombre, Geno Córdoba, que se dedicaba a cazar aves, de las cuales luego vendía sus plumas. "Tenía una escopeta muy antigua, de esas que se cargaban por el caño... mi padre le regaló una flamante, que había traído de Europa... en casa teníamos un armero, en la pared, donde había todo tipo de escopetas, fusiles, y también espadas..."

–¿Cuánto estás cobrando el kilo de plumas, Geno?–, le preguntó don Emilio.

–Tanto don Emilio.

–¿Y cuántas de estas son un kilo de plumas?

–Y... más o menos esto, don Emilio– dice Geno, mostrando una de las alforjas llenas que colgaban de sus hombros.

–No... eso es muy mucho... te están estafando, Geno... vení, vamos a hacer una balanza y pesar...– le argumentó.

De su oficina sacó piolín y con una vara, dos tapas de cajas de té y una moneda de oro improvisó una balanza.

–A ver, aquí vamos a poner las plumas, y aquí la moneda...– dijo don Emilio. –La moneda de oro pesa tantos gramos, entonces así, y así, vamos poniendo aquí hasta hacer un kilo...

"Así", cuenta doña Haydée Wagner, "mi padre le indicó a don Geno Córdoba cuánto era en realidad un kilo de plumas... y desde entonces, don Geno empezó a irse para arriba, económicamente..." se ríe doña Haydée.

También recuerda que otro francés, a quien los Bercoff habían puesto como encargado del cine, solía llevar la máquina de proyección a Mistol Paso para brindarles funciones privadas.

Tinell, que así se llamaba, proyectó la primera vez una película de Chaplin, que Haydée, por entonces con 6 años, nunca olvidó.

“Tengo en la memoria cada detalle”, narra. “Después vi, en el cine de Icaño, todas las películas de Chaplin”.

La existencia en Mistol Paso no estaba exenta de peligros.

“Un día”, recuerda, “vino a visitarnos don Santiago Ponce, cuyo campo era vecino al nuestro... el día anterior lo había atacado uno de los asesinos que habían matado a esa familia italiana, los Becchero, en Malbrán...”

Santiago Ponce contó que la tarde anterior mientras tomaba los últimos mates en su rancho, vio aparecer lentamente desde la penumbra a un individuo. Su esposa y sus hijos chicos se preparaban para dormir. “Pase, pase, amigo... sientesé... tome un mate...”, invitó. Se había dado cuenta ya de que el otro no tenía buenas intenciones, y era forastero, pero quería ganar tiempo, dejándolo hacer. El otro pasó y se sentó en el extremo de una de las sillas de algarrobo.

Ponce le alcanzó un mate “que recibió con la punta de los dedos”...

–Tome, tome tortilla, sirvasé–, le dijo Santiago Ponce, acercándose. “Y mientras le alcanzaba la tortilla, con el codo empecé a tantear para atrás a ver si tenía el facón...”

El otro se dio cuenta de ese movimiento y en el acto sacó un cuchillo grande. Entonces Ponce, que

no llevaba el suyo, con una mano le agarró la hoja, mientras con el brazo libre lo envolvió por el cuello y lo volteó. La mujer con la chiquita huyeron, por la ventana de la habitación, pero el varoncito, como de diez años, respondió a los llamados de su padre y le alcanzó un lazo de tiento. Con eso redujo al peligroso asesino, lo ató y lo entregó a la policía.

"Mire, mire, cómo me ha quedado la mano, don Emilio", decía Santiago Ponce, mostrando los profundos tajos en su palma.

"Hicieron mucha alharaca con la hazaña de Ponce", cuenta doña Haydée: "los jueces, los comisarios, se sacaron fotos, que publicaron en el diario... pero don Santiago nunca pudo cobrar la recompensa que había ofrecido el gobierno por aquel delincuente", asegura doña Haydée Wagner.

Por esa misma época, mediando los años 30, la suerte de los Wagner cambió. Debido a un acontecimiento fortuito –el hallazgo de pequeñas piezas arqueológicas en el Chaco, la participación de los Wagner en el discernimiento de su antigüedad y la repercusión mediática que había tenido el asunto–, algunos de los miembros del equipo gobernante santiagueño parecieron comprender la importancia de la tarea arqueológica y comenzaron a apoyar económicamente las investigaciones. Esto llenó de júbilo a los hermanos Wagner y pese a que eran cantidades mínimas las

que recibían, jamás dejaron de mostrar su agradecimiento por poder dedicarse, casi a tiempo completo, a buscar los indicios de su amada Civilización Chaco Santiagueña.



Don Santiago Ponce (con su frente vendada) junto a las autoridades policiales. Foto: El Liberal, 1931.

Uno de sus sueños se concretó: en 1934 vio la luz la magnífica obra concebida durante esos treinta años de esfuerzo extraordinario. *La Civilización Chaco Santiagueña* "y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", calificado como "el libro más bello que se haya editado desde Santiago del Estero", presentaba preciosas ilustraciones a todo color, con reproducciones exactas, pintadas una a una, a mano, por Olimpia Righetti. El libro causó

admiración. Una ola de fervor investigativo, el debate público por lo avanzado de las propuestas, que muchos denostaron o intentaron descalificar, recorrió el ambiente intelectual argentino. Y también tuvo sus importantes ecos en Europa, particularmente en Francia, que por esas investigaciones, muy pronto otorgaría su máxima condecoración, la Legión de Honor, y el nombramiento de Caballeros, a los Wagner.

Ese periodo fue hermoso y feliz para todos. De aquí y allá los invitaban a dar conferencias, iban y volvían a Europa, a otras provincias argentinas, a Brasil, Paraguay, Chile... siempre invitados por universidades, gobiernos o fundaciones, puesto que, en lo económico, seguían subsistiendo con recursos exiguos.

La pobreza parece ser el destino de los grandes talentos. Pero si se la asume con serenidad, no actúa en su detrimento; por el contrario, a veces parece darles más alas, mayor libertad. En la última etapa de su vida, cuando su amada Eladia ya había fallecido y él luchaba con la cicatería de los Taboada, para legarle aunque más no fuera la propiedad donde había crecido a su hija, don Emilio a veces solía dejarse ganar por un cierto escepticismo. En una de esas tardes, la entonces niña Haydée recuerda haberle oído pronunciar:

“Hija... finalmente, el mundo se va a morir de civilización”.

* Entelequia: En la filosofía de Aristóteles, fin u objetivo de una actividad que la completa y la perfecciona. *(Diccionario de la Real Academia Española*.)

** “Por el lado de los Ratziwill vendríamos a ser también parientes de Jacqueline Bouvier, que fuera esposa de John F. Kennedy”, dice doña Haydée Wagner. Pero cuando niña a ella sólo le importaba jugar junto al río, leer, y aprender las melodiosas palabras del quichua, que oía hablar también a su padre francés con los hombres que trabajaban el campo.

*** La insurrección polaca contra el Zar ruso estalló en Varsovia el 29 de noviembre de 1830. Fue creado un gobierno autónomo, la dieta desconoció al Imperio. Comenzó la guerra ruso-polaca. El ejército polaco, eficazmente entrenado y armado, luchó hasta septiembre de 1831. Mas tuvo que sucumbir a la abrumadora superioridad numérica y económica de los Ejércitos del Zar. El fracaso de la insurrección tuvo nefastas consecuencias: la supresión de la Carta Magna Polaca, la liquidación del ejército del reino, el cierre de la universidad y la construcción de una ciudadela en Varsovia. Recrudecieron las persecuciones sobre polacos en Lituania, Bielorrusia y Ucrania; muchos de ellos fueron castigados con destierro y confiscación de bienes. Fue

cerrada la universidad de Vilna. También las autoridades prusianas (la provincia de Poznan) y las austriacas (Galicia) aplicaron represalias contra polacos.

Tras el fracaso, alrededor de 10.000 polacos, entre ellos líderes y soldados de la insurrección, emigraron a Francia. En París se instalaron los poetas Adam Mickiewicz (pariente de los Wagner) y Juliusz Slowacki, el compositor Federico Chopin y el historiador Joachim Lelewel. Se creó la Sociedad Democrática Polaca cuyos miembros se reunían para discutir sobre las causas de la derrota y las posibilidades de continuar la lucha armada. El duque Adam Czartoryski desarrolló una campaña diplomática para mantener la actualidad de la causa polaca. (*Historia de Polonia*. Guerras e insurrecciones nacionales en el siglo XIX. Edición de la Embajada de la República de Polonia en La Habana. 2007.)

Pasión y muerte

En 1924, el Gobierno de la Provincia -ejercido entonces por un hombre de la UCR- designó a Emilio como director del Museo Arcaico. Por primera vez, el científico recibiría un modesto sueldo para profundizar su obra de investigación. Este museo era apenas una variopinta colección de piezas provenientes de diversos lugares, donada en 1917 por Alejandro Gancedo.

La presión de un dinámico grupo cultural surgido por entonces en Santiago del Estero -La Brasa-, logró que el gobernador Domingo Medina, asignara en 1927 un subsidio de mil pesos a los hermanos Wagner. De inmediato se iniciaron las excavaciones en Llajta Mauca. Las cuales arrojarían importantísimos descubrimientos, no sólo arqueológicas y antropológicas. Sino también botánicas, zoológicas, geológicas...

Los Wagner encontraron allí una nueva variedad de pecarí, a la cual asignaron el nombre de Platytgonus (Parachoerus) wagneri. La posterior investigación científica determinaría que aquellos

animales habían habitado la provincia de Santiago del Estero, junto a los humanos, durante el período holoceno de nuestra prehistoria (9.000 años aC).

"[...] una de las últimas piezas encontradas", publica Emilio en el número 3 de la revista La Brasa (diciembre de 1927) [es] "una rara prenda de adorno: un prendedor o alfiler de hueso para la cabeza, que las damas de Llajta Mauca empleaban sin duda para sujetar los rodetes de sus largas cabelleras trenzadas..."

Con entusiasmo, los Wagner describen "este hermoso alfiler de hueso esculpido, de no menos de 20 centímetros de largo, y cuyo extremo, ha sido redondeado y pulido después [...] Figura en la cabeza de esta extraña y preciosa prenda, un cisne nadando. Muy bien representado este, dobla el cuello sobre el cuerpo, y en la cabeza pueden apreciarse, hábilmente esculpidos en el duro y frágil hueso de la pata del avestruz, los ojos, la cresta, el pico..."

Por mucho menos que esto los europeos habrían volcado grandes esfuerzos presupuestarios con el propósito de profundizar las investigaciones. A veces simples piedras con forma de objetos presuntamente utilitarios justificaron teorías, hoy sustentadas universalmente, sólo por haber surgido en universidades de Inglaterra o Alemania. Los admiradores porteños de aquella ciencia imperial,

iban a ridiculizar sin embargo, muy pronto, los afanes de estos singulares exploradores, quienes pretendían valorizar objetos hallados en lo que aquellos individuos aculturados consideran el “culo del mundo”. Seres que existen a espaldas de su nación, de tal manera perciben ellos -y por desgracia, la mayor parte de nuestras clases dominantes-, a lo aborigen americano. Reunidos en Buenos Aires, los académicos dictaminarían que los hallazgos arqueológicos apenas eran producto de primitivos salvajes, sin mayor significación cultural. Y que las proyecciones antropológicas de los Wagner, suponiendo antiguas civilizaciones en aquel espacio, constituían meras fabulaciones. Si tal actitud hubiera sido aplicada al estudio de la Civilización Maya, esta jamás podría haber alcanzado el grado de enriquecimiento paulatino con que se la conoce ahora.

Pero volvamos a las décadas de los veinte y los treinta, momento de mayor esplendor para nuestros científicos -franceses pero, en sus espíritus, ya profundamente santiagueños.

Deslumbrados por las refinadísimas piezas artísticas de alfarería, hueso, uno que otro metal y hasta tejidos, que encontraban casi esparcidos por cualquier lugar que exploraban en Santiago del Estero, los Wagner resolvieron dedicar su existencia

a demostrar el inmenso valor de aquello que la Providencia o el Azar les proveía.

Comparándolas con piezas de la antigüedad etrusca, cretense, e incluso egipcia, percibieron notables semejanzas entre su abstracción conceptual y la de aquellos objetos artísticos santiagueños. No se apresuraron en absoluto cuando, luego de haber recogido ya más de sesenta mil piezas arqueológicas, y haberlas comparado exhaustivamente con el arte antiguo conocido, lanzaron su teoría. Esta es la de que existió una Civilización Originaria, de la cual provienen *todas* las culturas del mundo. Y ella se habría desarrollado, inicialmente, en donde hoy reina el Océano Pacífico. Entre las Islas de Pascua y Japón, Tailandia, Filipinas... Desparrámandose desde allí, tanto hacia nuestras tierras, hoy argentinas, como hacia lo que llamamos Oriente y Europa.

Como sucede en la Humanidad si convenimos en aceptar la convención del *Espíritu hegeliano*, los Wagner hallaron en Santiago un pequeño pero prodigioso grupo de intelectuales que alcanzaron a captar y comprender su acción. Nos referimos a los de La Brasa. Aunque también a otros sin adscripción grupal, que entre los años 20 y bien entrados los 60 germinaron en suelo árido y se las arreglaron para dejar, cada quien, su feraz aporte a la posteridad. Su enumeración no superaría a los

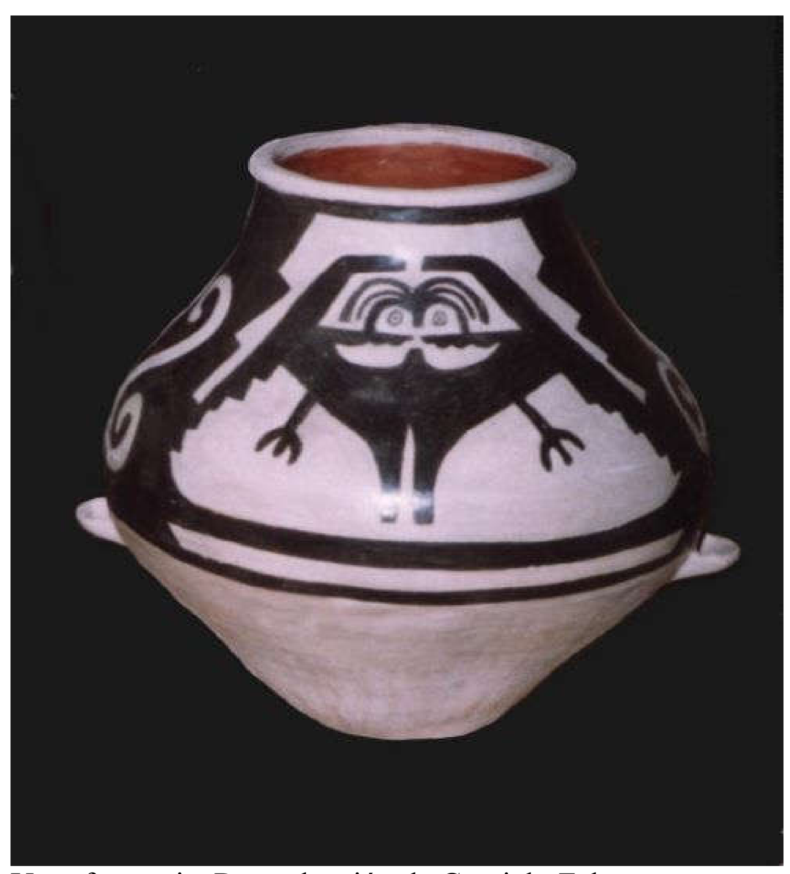
veinticinco o treinta, sobre una población, por entonces, de más o menos ciento veinte mil habitantes. Si no hubiese sido por ellos, los Wagner probablemente hubieran debido limitarse a compartir sus genialidades apenas con uno que otro curioso extranjero.

Duncan Wagner, quien desde la Primera Guerra prefiriese quedarse en Europa, regresó a Santiago del Estero en 1927. Había sido persuadido por su hermano, para trabajar como vice director del Museo de Arqueología. Era un pintor y dibujante excelente, notablemente erudito, apasionado por los estudios prehistóricos. Fue el redactor de las notas y conferencias que brindaban, y plasmó los croquis y dibujos de las piezas recolectadas.

Pronto se integraría al equipo Olimpia Righetti, una bella adolescente que, fascinada por la sabiduría de los Wagner y el magnetismo de sus tesis, iba a convertirse en pieza esencial, para la primera consolidación de su obra. En efecto, Olimpia, con pincelada firme y calidad magnífica, realizaría a mano las maravillosas ilustraciones que iban a ilustrar aquel hermoso libro, *La Civilización Chaco Santiagueña*, editado, gracias al gobierno francés, con la más alta tecnología de impresión que se conocía entonces.

Por falta de recursos, los Wagner construirían, ellos mismos, con la ayuda de un ordenanza -y más tarde Olimpia Righetti- mesas y armarios desarmando y rearmando cajones que se tiraban o vendían por monedas en los mercados de frutas. El Museo Arcaico -luego renombrado, por insistencia de los Wagner, como "Arqueológico" - no poseía un local propio. Durante décadas se alojaría en un espacioso aunque insuficiente salón cedido por la Escuela Normal Provincial del Centenario.

En 1948, poco antes de la muerte de Emilio, el último Wagner, se habían logrado reunir 75.000 piezas de exquisita calidad. Emilio dijo, poco antes de morir: "He pagado mi deuda de gratitud a este país hospitalario con haber formado este museo." Sin embargo, su magnífica colección iba a ser sometida a un insidioso saqueo, al parecer, por algunos de quienes efectuaron la gestión administrativa de aquel instituto que debería haber sido considerado como un santuario. Esto constituye al parecer una realidad actual, teniendo en cuenta la denuncia, efectuada a principios de 2006, por la sección Cultura de El Liberal, donde se consigna que de aquellas 75.000 piezas reunidas por los Wagner, el balance administrativo del año 2005 solamente registraba la existencia de... 10.000. *



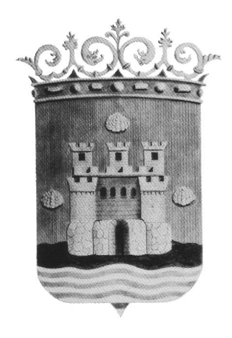
Urna funeraria. Reproducción de Graciela Zelaya.

A continuación reproduciremos algunos de los numerosos y riquísimos textos de los Wagner y Olimpia Righetti, como una manera de homenajear su tozuda dignidad científica. Ojalá en las generaciones posteriores su gesta encuentre menos

desidia, necedad y falta de imaginación que las que, hasta hoy, los condenaron a algo peor que el olvido: la incomprensión y reduccionismo pedestre para sus magníficos descubrimientos.

* "En una nota, cuyo fragmento se incluye en estas páginas, Olimpia declara que en 1948 la institución poseía un patrimonio de 75.000 piezas resguardadas, lo mismo dice el propio don Emilio Wagner para El Liberal, el 3 de noviembre de 1948: 75.000 piezas documentadas. Después de haber consultado algunos archivos del propio museo; de haber leído textos de O. Righetti y de E. Wagner; el último libro sobre estos científicos publicado por Martínez, Taboada y Auat; y de haber entrevistado al actual director del museo, quien declaró que recibió un inventario de alrededor de 10.000 piezas, queda la pregunta ineludible: ¿quién es el responsable del faltante del patrimonio del Museo Arqueológico que dejaron los Wagner hace más de 50 años?" (Marta Graciela Terrera. El Liberal. Sección Cultura. 8 de enero de 2006.)

Documentos



A la muy noble y muy leal ciudad
de Santiago del Estero,

a la Provincia de Santiago del Estero,

a la República Argentina,

los hermanos Emilio R. Wagner
y Duncan L. Wagner

dedican la obra de sus vidas

Portadilla con dedicatoria de su monumental obra, financiada por el gobierno francés, La Civilización Chaco Santiagueña.

Las Represas de los Indios

Informe de Emilio Wagner al Gobierno de la Provincia de Santiago del Estero

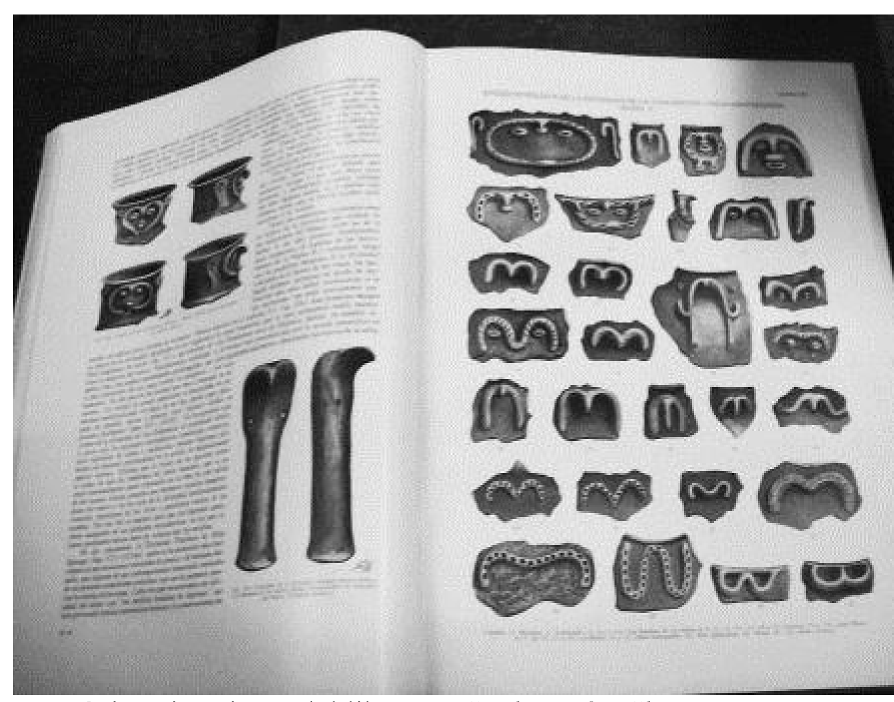
En este texto, Emilio Wagner descubre que el dios de la antigua cultura santiagueña era La Serpiente. *Dos de sus párrafos avisan*:

«[...] estas sencillas U invertidas y estas barretas de barro cocido, podrían representar [...] el tótem de la raza o de la nación, el "hombre-serpiente", del cual todos ellos tal vez pretendían descender y que vamos a ver representado de diversos modos en muchas otras urnas funerarias, y particularmente, estilizado del modo más curioso

[...]

el "hombre-serpiente", que ostenta las manchas redondas del lampalagua, posiblemente el tótem o por lo menos el protector de la nación, talvez su divinidad tutelar. En él se encuentran reunidas la fuerza y la sabiduría de la gran serpiente, el lampalagua que habitaba esta región en los tiempos remotos lo mismo que hoy, y que encontramos

modelado en relieve con sus manchas figuradas por pequeñas presiones en relieve».



Páginas interiores del libro *La Civilización Chaco-Santiagueña*. Cortesía de la Biblioteca Jorge W. Ábalos, barrio Autonomía.

Sr. Gobernador de la Provincia
de Santiago del Estero
Dn. Domingo Medina:

Tengo el honor de llevar al conocimiento de V.E. que, para cumplir con la misión que se dignó confiarme por resolución de fecha 5 de mayo del corriente año, me trasladé con un personal conveniente al lugar conocido por "Cementerio Antiguo de los Indígenas del Chaco Santiagueño", en el paraje denominado "Represas de los Indios", o "Los Cortez", o "Los Izarras", o sencillamente "Indio", a 25 kilómetros al N.E. del Desvío Kilómetro 51 F.C.C.N.A.

El nombre de "Represas de los Indios" es el que más conviene a esta localidad, que deja ver en efecto un gran número de represas, cada una con su correspondiente túmulo lateral, formado por las tierras provenientes de la excavación de las represas, y alrededor del cual se encuentran numerosos fragmentos de las piezas de alfarería fabricadas y empleadas por los primitivos habitantes de la región.

Designaré, pues, en mi informe, esta localidad con el nombre exclusivo de "Represas de los Indios", que le conserva su verdadero carácter.

Salido del pueblito de Icaño (F.C.C.A.) el día 2 de junio con una pequeña cuadrilla de peones baqueanos, acostumbrados a los trabajos de exploraciones arqueológicas, por haberme acompañado durante muchos años en mis investigaciones de esa índole, y en compañía también de mi hermano mayor Duncan L. Wagner, que ha tenido a bien prestarme en esta ocasión su valioso concurso científico y artístico, como se verá más adelante, llegué tres días después al lugar en donde resolví establecer mi campamento, en medio mismo de las represas, hoy en día desgraciadamente exhaustas, y casi borradas, que fueran obra de los antiguos pobladores de estas llanuras, ahora desiertas, cubiertas de altos pastizales cuando no de bosques.

La zona que llamaremos de las represas comprende una vasta llanura formada por terrenos de aluvión que a simple vista dan una impresión de uniforme parejura. Altos pajonales, que pasan de la cintura de un hombre, la recubren en toda su extensión, entreverados con plantas espinosas entre las que predominan las más ingratas *minóseas* que se conocen, en particular el garabato. Estas plantas, debido al efecto milenario de las quemazones, se han vuelto enanas y no pasan por lo general de la altura de los pastizales, con los cuales se confunden fácilmente.

Islas de bosques, hoy día completamente explotados, interrumpen de vez en cuando la perspectiva abierta de esas llanuras hondas. Es allí donde, diseminadas sin orden aparente, existen centenares de represas, cada una flanqueada de su correspondiente túmulo formado por las tierras excavadas. Fueron obra de los aborígenes que poblaron, sin duda muy densamente, o durante una larga serie de siglos, en épocas muy remotas, esta región. Esta segunda hipótesis parece la más aceptable, por cuanto tales pueblos debieron ser eminentemente cazadores como lo hacen prever los numerosos huesos de animales que se descubren al remover las tierras de los túmulos y sus cercanías.

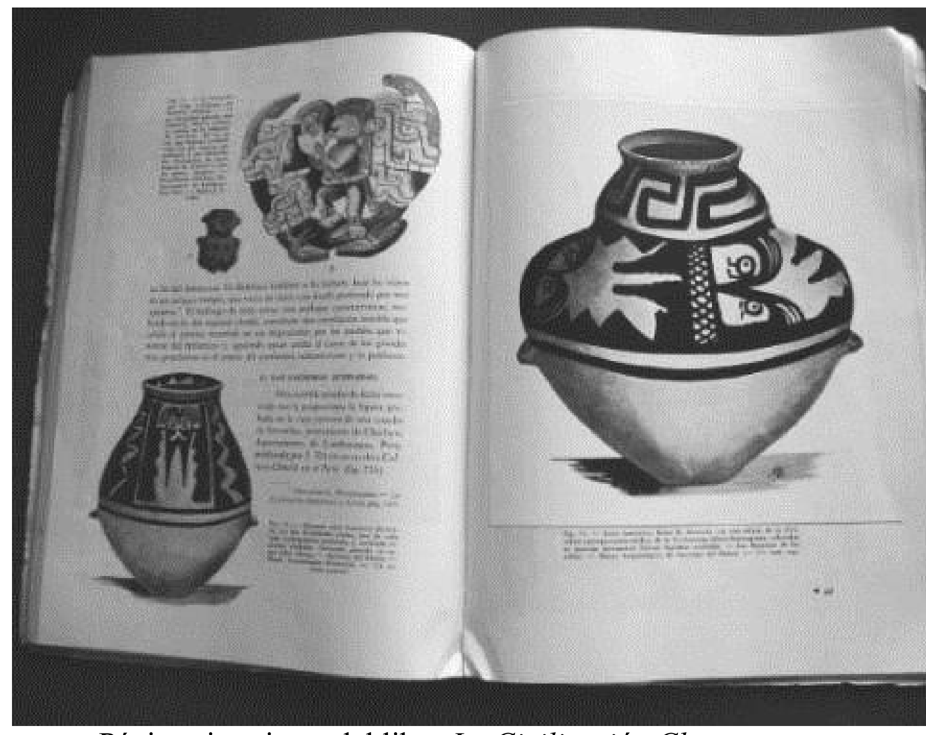
Es normal suponer que en la época en que esta región estaba habitada por los autóctonos, las condiciones climatológicas eran distintas de las que imperan hoy. El régimen actual de las lluvias no daría, aun con represas, el agua necesaria a la vida de tribus numerosas, y los pozos que se cavan en el medio de estas mismas represas, dan de los 10 a los 14 metros, un agua que no es potable. No es imposible que en épocas más favorables por las lluvias, la agricultura o por lo menos el cultivo de maíz, haya sido practicado aquí, aunque no he encontrado hasta hoy sobre la superficie de los objetos de alfarería los relieves decorativos característicos que obtenían las alfareras de la

región del Salado, haciendo rodar sobre la arcilla aún blanda, un marlo, lo que deja una impresión reticular de un dibujo fino y no exento de una cierta elegancia.

Escasa subsistencia sacarían los antiguos habitantes de estos bosques en fruta silvestre. Poco numerosos son los algarrobales; hay poco vinal y chañar, y no existen mistoles. Es verosímil que sus recursos alimenticios se redujesen a la caza, salvo el caso de que hubieran mantenido rebaños de guanacos mansos, lo que no es imposible si tenemos en cuenta que no desconocieron el arte de hilar.

Los numerosos discos de barro, llamados torteros, que he encontrado aquí, dan la prueba de que aquel arte estaba generalizado.

Algunos de estos torteros son pesados y de un diámetro poco usual, lo que hace suponer que hilaban además de la lana de los guanacos otras fibras textiles, posiblemente las de dos especies de bromeliáceas espinosas que abundan aquí; el chaguar (Bromelia Serra) que se encuentra igualmente en gran cantidad más al Sud; y el caraguatá (Bromelia Fastuosa) común aquí y que abunda más al Norte. Señales de estos tejidos de fibras bromeliáceas se encuentran impresas con frecuencia en los asientos de las alfarerías.



Páginas interiores del libro *La Civilización Chaco-Santiagueña*. Cortesía de la Biblioteca Jorge W. Ábalos, barrio Autonomía.

Las alfareras, al establecer estas piezas de cerámica, asentaban el fondo de arcilla todavía blanda, sobre un tejido de chaguar, espeso y rudo, sin duda una de esas camisas sin manga que usan todavía los hombres en las tribus indomadas del Chaco, Formosa, Paraguay. Levantaban entonces

sobre [ilegible en el original] fondo las paredes del [ilegible] procedimiento llamado de chorizos, es decir, disponiendo vueltas sucesivas de un chorizo de barro que unían y modelaban con sus ágiles dedos, llegando a fabricar de este modo obras de notable regularidad y delicadeza. El tamaño de estos objetos y sus líneas simétricas como elegantes, nos hablan claramente de una atávica habilidad manual que sólo puede ser fruto de un arte milenario.

Al excavar la tierra de los túmulos y al remover la tierra en sus proximidades, he encontrado un sin número de fragmentos de estos trabajos de cerámica antigua, y también cierto número de piezas enteras, y otras rotas pero perfectamente reconstruíbles, todas de un valor documentario considerable, pues nos permiten establecer un cuadro bastante completo de lo que fue el arte de la cerámica de los pueblos que vivieron antaño en estos lugares, y veremos más adelante que de su estudio resaltan consideraciones y deducciones importantísimas y del más alto interés.

De las nivelaciones que hemos practicado, resulta que algunas represas tienen todavía una hondura de 1m50 y cavando en el centro se adquiere la prueba de que la tierra se encuentra mezclada de humus hasta una profundidad de otro metro y medio. Los túmulos correspondientes alcanzan a su vez hasta un

alto de 2m20 del suelo primitivo que les sirve de asiento. Tales represas habrán tenido en el momento de su excavación cerca de tres metros de profundidad. Para borrarlas habrá sido menester el decurso de largos siglos. En algunas, invadidas por el monte grande que le sirve al mismo tiempo de amparo, se hallan árboles de quebracho blanco y colorado cuyos troncos alcanzan hasta 47 cm. de diámetro. Sólo han podido brotar ahí las semillas de estas especies, después que los canales que reunían las aguas pluviales y las llevaban a las represas, fueron borrados por la lenta acción del tiempo, y las represas por ende, no recogieron más agua, ni en el caso de las mayores tormentas, pues es cosa de todos sabida que, tanto el quebracho blanco como el colorado, perecen si se mojan sus raíces en aguas estancadas.

Estas consideraciones son suficientes para demostrarnos la antigüedad de los túmulos y por tanto, de los objetos y vestigios que ellos contienen o que se encuentran en sus inmediaciones. No me extenderé más sobre este punto de tan capital importancia, reservándome tratarlo detenidamente en publicaciones ulteriores.

Las diferentes piezas de alfarería recogidas hasta la fecha ofrecen, lo que es notabilísimo, puntos de contacto con otras ya conocidas del arte cerámico de casi todas la regiones de la República Argentina, y

este hecho, de excepcional importancia, nos impone la convicción de encontrarnos aquí en presencia de los vestigios de una antigua civilización autóctona, que se revela en primer lugar por las [ilegible] características que reviste su arte propio.

Esta civilización autóctona habría influido sobre el arte cerámico de una zona muy extensa, antes que la dominación incásica se hubiese extendido sobre la región diaguita, dominación que el estado actual de nuestros conocimientos, digámoslo de paso, nos torna difícil limitar exactamente.

Las piezas de cerámica que encontramos aquí dejan ver una abundante ornamentación antropomorfa y zoomorfa, particularmente las grandes urnas (que por muchas razones debemos considerar urnas funerarias), cuya decoración simbólica y ritual me parece claramente caracterizada, no faltándole tal vez un sentido jeroglífico. En efecto, las numerosas piezas en que figuran representaciones antropomorfas y zoomorfas, llevan siempre estilizaciones de tipo bien definido, con todas las variaciones que es capaz de sugerir la fantasía de un artista, pero nunca ajenas a la idea directriz, fieles siempre al tipo primordial que ha inspirado la realización de la obra simbólica.

La más importante entre estas estilizaciones antropomorfas, la que predomina tanto por su

número como por los caracteres típicos que la acompañan, y cuya evolución tiene por punto de salida una figuración tan sencilla que si no fuesen las hermosas series que he tenido la felicidad de poder reunir, no habría sido posible interpretarla; se presenta bajo la forma inicial de una simple U invertida, modelada en relieve y colocada entre el cuello y el ecuador de una gran urna funeraria. Esta U va acompañada del otro lado de la urna, por dos barretas lisas en relieve.

Quién diría sin tener ante los ojos estas colecciones, que estas sencillas U invertidas y estas barretas de barro cocido, podrían representar para los iniciados de aquellos lejanos tiempos, bajo sus dos formas diferentes, el tótem de la raza o de la nación, el “hombre-serpiente”, del cual todos ellos tal vez pretendían descender y que vamos a ver representado de diversos modos en muchas otras urnas funerarias, y particularmente, estilizado del modo más curioso y sugestivo, en una de las más bellas entre las que he recogido.

En esta, la U invertida se ha trocado en dos largas cejas que se arquean sobre una gran nariz aguileña, cuyo tabique medio está perforado por un agujero que permitiría llevar suspendido entre la nariz y la boca, formando un martillo, un corto cilindro de barro, representativo, muy probablemente, de ese pequeño cilindro de madera liviana usado todavía

por los indígenas del Norte, que era sin duda seña distintiva de aquel extinto pueblo.

En la misma urna funeraria, las largas cejas que bajan de cada lado de la gran nariz [ilegible] de una caza hoy desaparecida, se prolongan hasta el vientre de la urna, debajo del ecuador, donde terminan en dos manos humanas, afirmando así el carácter distintamente antropomorfo de esta tan significativa ornamentación. Debe notarse que estas cejas, que se truecan progresiva y fantásticamente en brazos y luego en manos, están adornadas con pequeñas concavidades formadas por la presión de la extremidad del dedo sobre la arcilla aún blanda. Estas marcas redondas colocadas a distancias iguales, figuran verosímilmente las manchas redondas del lampalagua, que aparece representado en estilizaciones diversas, pero formando siempre una ornamentación simétrica y combinada con el tótem de nariz aguileña, cuyo tabique se muestra a veces atravesado por el típico cilindro de madera figurado en barro.

No menos notable es la constatación de que las pequeñas barretas en relieve, de uno a dos centímetros de alto por uno y a veces hasta dos de ancho, que encontramos a menudo figuradas perpendicularmente, y simétricamente colocadas alrededor del cuello de las piezas de alfarería, posean también su carácter y sentido simbólico

especiales. Una hermosa colección, que abarca gran número de formas sucesivas, nos permite seguir su evolución desde la sencilla barreta de tierra lisa en relieve, que representa la forma más primitiva y que luego se va paulatinamente modificando: la extremidad superior de la barreta empieza por destacarse levemente de la pared de la urna, y se achata un poco de ambos lados, bajo los dedos de la alfarera: es una pequeña nariz que nace. Luego, la veremos adornarse de escotaduras, una primeramente, dos o más en otra pieza de alfarería, llegando a transformarse en pequeñas cúpulas bajo la presión del dedo; la nariz luego se hace más sobresaliente, y vemos en fin la mitad inferior de la barreta sufrir una transformación más significativa: dividida, viene a figurar dos piernas adornadas de cúpulas; simultáneamente, la parte superior de la barreta se hace más ancha, la nariz se caracteriza, y sobresale con una curva aguileña y un exagerado desarrollo que nos hace pensar en la gran nariz de los aztecas de México. Por último aparece el cilindro de madera suspendido del tabique de la nariz. Ya es un hombre verdadero, el "hombre-serpiente", que ostenta las manchas redondas del lampalagua, posiblemente el tótem o por lo menos el protector de la nación, talvez su divinidad tutelar. En él se encuentran reunidas la fuerza y la sabiduría de la gran serpiente, el lampalagua que habitaba esta

región en los tiempos remotos lo mismo que hoy, y que encontramos modelado en relieve con sus manchas figuradas por pequeñas presiones en relieve, indudablemente sugestivas. Encontramos también la cabeza del gran reptil artísticamente modelada en fina arcilla plásticamente [ilegible] destacándose de los bordes [ilegible]...

Numerosas piezas que he podido reunir en el curso de este primer mes de mis investigaciones, confirman todo lo que dejo dicho en este breve informe y dan a las investigaciones que estoy practicando un valor científico enorme tanto del punto de vista etnográfico como histórico.

Podemos declarar sin temor de errar, que en estos vestigios de un pasado lejano, una nación de numerosos habitantes y muy poderosa acaso, ha dejado escrita la historia de su paso sobre la tierra, en caracteres todavía algo oscuros y enigmáticos, pero que se irán aclarando a nuestros ojos a medida que aumenten los documentos que nos permitan interpretarlos.

Entre los objetos que he recogido, figuran series notables de adornos, de carácter zoomorfo, que se destacan en relieve sobre las urnas funerarias, respondiendo siempre a un tipo bien preciso, estilizado de modos diversos. Colocados de cada lado de las urnas funerarias, representan en barro cocido jaguares, o águilas estilizadas, puestas sobre

las paredes de las alfarerías en las mismas condiciones que aquellos.

Estas estilizaciones deben ser más bien consideradas adornos de un carácter simbólico o ritual, y no asas, pues son demasiado frágiles para este fin. Lo que nos confirma en tal modo de ver, es que las urnas que llevan esta clase de motivos, poseen además dos fuertes asas transversales colocadas entre el ecuador y el fondo de la pieza, asas chatas y con el borde algo levantado hacia arriba con el fin de facilitar, a quien las llevaba encima de la cabeza, el poder asegurar bien las extremidades de los dedos en las mismas asas. Este punto de vista concuerda con las observaciones hechas por mí en las alfarerías de la región del Río Salado y del Dulce que he explorado en años anteriores.

Hay urnas que sólo muestran dos asas cilindro-cónicas en la base del cuello. Estas no tienen, por lo menos aquí, ninguna clase de asas en la parte inferior, lo contrario como he dicho, de las que tienen adornos antropomorfos o zoomorfos entre el ecuador y el borde del cuello. Las asas tronco cónicas afectan las formas más variadas, siendo a derechas e incurvadas hacia abajo o hacia arriba, u horizontales en direcciones opuestas. Presentan secciones ovaladas, redondeadas en la punta, o achatadas, o divididas en dos por una escotadura

terminal; también acaban a veces en tres puntas distintas, las que entonces están dispuestas en forma que figura una cabeza de animal estilizada o modelada con cuidado: cabezas de águila de aguará o de tigre. He recogido dos de estas últimas con la boca abierta y las manchas de la piel figuradas por las mismas pequeñas impresiones circulares, destinadas al adorno de las urnas funerarias.

De estos adornos y asas, he hecho una numerosa colección de sumo valor documental. Hay representaciones de cuerpos enteros, o sólo cabezas de jaguares, águilas, aguarás, guanacos, ratones del campo, sapos, escuerzos, lampalaguas, lechuzas con ojos humanos, murciélagos modelados con verdadero arte, que nos permiten apreciar la habilidad de las alfareras de aquellos remotos tiempos, a las que, en esta rama del arte plástico, poca cosa les quedaba por aprender.



Página interior del libro *La Civilización Chaco-Santiagueña*.

Es un hecho digno de ocupar nuestra atención, el que esta gente que calificamos de "primitiva", no buscase únicamente fines de utilidad práctica en la confección de sus alfarerías, sino también la belleza y la elegancia de las formas, en el conjunto, en los detalles y en el colorido, y que permaneciera fiel a una orientación artística típica en lo que concernía a la orientación de sus bellos trabajos de cerámica. Son cosas estas, propias de los pueblos cuya evolución ha llegado a un punto tal de desarrollo que ya no viven sólo preocupados por sus necesidades materiales, sino también buscando en el orden moral, satisfacciones estéticas e intelectuales, lo que constituye precisamente el sello característico del estado social que solemos llamar civilización.

Las excavaciones de los túmulos me han procurado igualmente numerosos fragmentos de finas piezas de alfarería, muy bien cocidas y de un trabajo que no desmerece junto al de las mejores piezas de cerámica precolombinas, halladas en la República Argentina. Algunas piezas completas fueron igualmente premio de nuestros trabajos. De las piezas fragmentadas un buen número se pueden reconstruir. En el conjunto forman una numerosa y valiosa documentación sobre el arte de la cerámica, en aquellas lejanas épocas, y dan una idea de la gran habilidad manual de las alfareras así como de los sentimientos estéticos que las guiaban en sus

labores. En su mayoría están decorados con dibujos policromos, alternos, y a veces complementarios, de tal modo que el dibujo de un color se destaca sobre un fondo de otro color que lo reproduce exactamente. Las combinaciones de líneas curvas y rectas son frecuentes y del más hermoso efecto; los colores, bien conservados, resaltan sobre el fondo liso y barnizado de las piezas con un relieve apreciable a simple vista.

Las indagaciones hechas en los túmulos nos han proporcionado también numerosos objetos de alfarería trabajados de un modo más tosco, pero no sin arte, y donde siempre se encuentra la prueba más evidente de que la alfarera nunca se descuidaba de imprimir un sello de elegancia o de belleza a las obras que salían de sus manos. Ya en los bordes escotados con regularidad, o adornados con impresiones digitales dispuestas con grata simetría; ya en las asas que asumen formas graciosas y nuevas; ya en líneas de pequeñas protuberancias cónicas que forman una guarda más sencilla o doble alrededor de la boca de un cántaro, en fin, en todo momento, puede admirarse así la elegancia de las formas como su originalidad, y ponderarse la perfecta ejecución de piezas que lo mismo se hacían de tamaños más considerables, que de tan minúsculas proporciones, que sólo se concibe que lo fueran para juguete de las criaturas.

Diversos pitos de arcilla cocida y de huesos forman parte de las colecciones reunidas, y dos flautas de hueso con cuatro agujeros nos enseñan que la música no era arte desconocido de aquel pueblo, que debió haber vivido muchos años en un estado sedentario, y disfrutado de una paz relativa, para llegar al grado de civilización que revelan estos hallazgos.

Diversos indicios hacen suponer que se daba a los muertos doble sepultura: una primera sepultura provisoria para apartar las carnes de los huesos del esqueleto, y, después de cierto tiempo, la sepultura definitiva de los huesos en una gran urna funeraria. He encontrado también una urna cineraria, en la que las cenizas procedentes de la combustión de los huesos forman una capa de dos dedos de espesor, ocupando el fondo de la urna. En la región del Río Salado he encontrado, años atrás, otro ejemplar de este modo de sepultura que parece haber sido aquí escasamente usado.

También he encontrado aquí rasgos de cráneos y huesos humanos que habían sido sencillamente cubiertos con una gran fuente redonda de barro cocido o con una taza grande de las que se llaman pucos. Las urnas lisas sin adornos simbólicos se encuentran por lo general colocadas boca abajo, y el

fondo, que aparece siempre quebrado, se halla tapado por fragmentos de otras alfarerías.

Las urnas adornadas con emblemas simbólicos o representaciones zoomorfas que parecen haber sido los tótems de las tribus, se encuentran colocadas con la boca hacia arriba. Todas las urnas o envases que han aparecido a flor de tierra, fueron sin duda desenterradas por peones leñadores en tiempos anteriores, los que, no encontrando en ellos el fabuloso tesoro, siempre buscado en vano, han hecho responsables de su desengaño a estos inocentes objetos, quebrándolos en cien pedazos que se hallan dispersos en los pastizales y en los montes.

Encontré también varias pequeñas estatuas de una divinidad o tótem, siempre con los mismos caracteres típicos: las grandes cejas, la nariz aguileña, con el tabique a veces perforado para llevar el curioso cilindro. Dos de estas pequeñas representaciones de divinidad o tótem protector, están provistas de perforaciones que permitían llevarlas colgadas al cuello, como suelen hacerlo con sus medallas las personas cristianas, y con sus gris-gris u otros talismanes, otras personas, en todo el globo.

Absolutamente ninguna cuenta de vidrio, tan comunes en los paraderos indios que resintiéronse

de la influencia de la época colonial, he encontrado aquí, lo que permite pensar que la nación que poblaba estos lugares había desaparecido o se había retirado antes de la conquista.

He encontrado también, pero escasos, fragmentos de grandes cántaros o urnas de arcilla de un color rojizo, llevando sobre un fondo de color blanco amarillento unos dibujos pintados en negro. Esta clase de piezas, parece ser más común a 15 kilómetros de aquí, en un lugar donde, al lado de una gran represa, en la que, a 14 metros de profundidad, se encuentra agua potable, se descubren restos de un gran paradero indio y gran número de fragmentos de alfarería que parecen tener un carácter algo diferente de la cerámica que encontramos aquí. En este lugar, denominado "Yajta Manca" [ilegible] ... de completar con más amplias investigaciones las ya importantísimas colecciones reunidas en "Las Represas de los Indios".

De los documentos que he logrado obtener hasta la fecha, y de las observaciones hechas *in situ*, se desprende, pues, que hemos entrado aquí en contacto directo con las huellas de una nación que pertenecía a una civilización autóctona de esta parte central de América del Sur, civilización posiblemente anterior a la Incásica, pero que, en

todo caso, no parece haber sido influida por ésta, y cuya propia zona de influencia ha sido tan considerable que rastros de ella se hallan desde los Andes hasta el Paraná, y más lejos aún, sin sernos posible todavía formarnos una idea exacta sobre la extensión de sus dominios hacia el Norte y el Sur.

La perforación del tabique de la nariz para colgar de ella un cilindro como insignia de la raza y con propósito de ornato, la perforación de la oreja en dos partes, lóbulo inferior y superior, para permitir llevar en ella dos adornos (particularidad esta que nos ha revelado el examen de una pequeña representación plástica de una cara humana), y el uso de la flauta de hueso con cuatro agujeros, y de pitos de barro cocido y de hueso, son particulares a los indios del Norte y a los de la selva brasileña. La depresión mediana del cráneo parece haber sido típica de los aimarás, y aquí encontramos una pequeña estatua que nos da este dato importante.

Las representaciones simbólicas de las urnas funerarias, la persistencia en algunos cuantos tipos de animales como motivo ornamental de las piezas de alfarería, posiblemente de uso ritual, nos hace, pues, presumir que lo que encontramos aquí son los vestigios de una gran nación con su divinidad tutelar; y que las representaciones zoomorfas establecidas eran la estilización de animales que fueron tótems de las tribus, o de algunas de las

muchas que formaban esta nación, la que a su vez era acaso parte de alguna importante federación, o imperio, anterior con mucho a la conquista incásica, y posiblemente contemporánea a la época floreciente de Tiahuanaco.

El estudio detenido y comparativo de los numerosos documentos recogidos, y de los que aún recogeré en "Yajta Manca", nos proveerá de mayores elementos para fundar una opinión concluyente a este interesante respecto. Lo que se puede afirmar desde ahora, es que aquí ha vivido, hace muchos siglos, y durante muchos siglos, un pueblo numeroso, que poseía su civilización propia, un modo de arte particular, su religión, o creencias definidas, y que no fue influido por la civilización incásica, ni entró en contacto con los conquistadores españoles.

Estas son materias sumamente dignas de una prolija investigación y no cabe duda que el impulso que resultará de los hallazgos y observaciones realizados en el corto tiempo de la misión con que he sido honrado, contribuirá poderosamente a despertar la curiosidad de los arqueólogos, quienes, con trabajos perseverantes y coordinados, llegarán a levantar el velo que recubre todavía la cara enigmática de un remoto pasado.

Las inmensas regiones aún inexploradas, desde el punto de vista arqueológico, que existen en la

República Argentina, y particularmente la extensa provincia de Santiago del Estero, dejan lagunas en nuestros conocimientos que merecen ser colmadas por una labor detenida y tenaz de todos los que se interesan en estos cautivantes estudios.

Emilio R. Wagner
23 de julio de 1927.



1926: santiagueñas y santiagueños se fotografían frente a la novedad tecnológica del año: el Puente Carretero, construido por alemanes.

El sentimiento religioso y las costumbres en la Civilización Chaco Santiagueña

Por Emilio y Duncan Wagner

Ha sido imposible para nosotros determinar exactamente la fecha de este artículo en el diario El Liberal. El recorte, amarillento y quebradizo por los años, nos fue provisto por la Sra. Alba Céliz de Paviolo. Quien lo heredó de sus mayores. Gracias a otras noticias discernidas en su anverso, dedujimos que debió de haber sido publicado a principios de 1936.

"No ha habido pueblo ateo", dice Ratzel, y el estudio profundizado que nosotros hemos hecho del arte cerámico de los antiguos habitantes de Santiago del Estero, no nos ha llevado a contradecir en lo más mínimo la opinión emitida por el célebre etnógrafo.

Los escritores que más cuidadosamente han estudiado las ideas religiosas de los distintos pueblos del nuevo continente, están contestes en afirmar que estos habían llegado más de una vez a un nivel moral que nunca fue sobrepasado en las antiguas civilizaciones del Viejo Mundo. Insisten

sobre la religiosidad muy marcada de los indígenas actuales, de la que también dan prueba los indios precolombinos. Fue de ellos que dijo Brinton:

"En cada pecho hay un altar al Dios Desconocido". En cuanto a nosotros, personalmente, siempre hemos simpatizado con el sentimiento en el que se inspiró Luis de Launay cuando escribía:

"En todas partes he visto hombres en plegaria, cualquiera que fuese su Dios, me he sentido tentado de inclinarme con ellos, a su modo, o al menos a comprenderlos".

Así, en el primer volumen de nuestra obra, refiriéndonos al arte religioso de los antiguos habitantes de las llanuras santiagueñas hemos escrito lo que sigue: "Las opiniones que acabamos de citar, de hombres que han consagrado sus vidas al estudio de estas complejas disciplinas intelectuales, nos apoyan en la elevada idea que hemos expresado desde el comienzo de nuestras investigaciones, acerca de la divinidad prehistórica que los antiguos habitantes de Santiago del Estero veneraron, al parecer, con exclusión de toda otra. Pero no hubiéramos pensado en hacer mérito de ello, si en el caso que nos ocupa, la copiosa documentación reunida no hubiese venido a confirmar nuestras primeras impresiones y proclamar con la convincente elocuencia de los

hechos, que entre pueblos “que no tuvieron historia”, como se ha dicho, la idea religiosa había alcanzado el grado de “desenvolvimiento espléndido” de que habló Ratzel.

Testimonios elocuentes de su fe profunda en un más allá misterioso es el culto piadoso que tributaron a los seres queridos de los cuales los había separado la implacable segadora que jamás se cansa de tronchar los lazos que unen a los hombres aquí abajo.

Necesitaríamos largas páginas si quisiéramos si quisiéramos describiros las innumerables piezas comprobatorias, unas de notable suntuosidad, otras de simplicidad conmovedora, que hemos podido reunir.

Todas nos cuentan la historia de un pueblo que supo doblar las rodillas con humildad delante del Dios de sus padres, la gran Divinidad Alada Primordial de las primeras edades del mundo, que, tal como lo escribió Dechelette, “velaba por el reposo de los vivos y lloraba sobre las tumbas de los muertos”.

Todo lo que nosotros podemos hacer para reemplazar las descripciones demasiado largas, es hacer revivir delante de vuestros ojos un número bastante considerable de efigies de la Divinidad Antropo-Ornito-Ofideana que han venerado durante largos siglos, pueblos vueltos después de millares de

años, al reposo de la tierra. Tiernas manos femeninas moldearon y pintaron con suma piedad y nos parece encontrar allí todavía el rastro de sus lágrimas. Pero la falta de espacio nos priva aquí de ese recurso, y debemos conformarnos con invitar a nuestros lectores a visitar nuestro magnífico museo arqueológico.

Son esas hermosas piezas de cerámica funeraria las que hicieron decir a Callegari, y nos complacemos en repetirlo una vez más, pues eso nos consuela de tantas incomprensiones lamentables, que pueblos que sabían honrar con tan profunda emoción la memoria de sus hijos "son dignos de nuestro más grande respeto, de toda nuestra admiración".

Un sentimiento de profunda religiosidad y de notable simpatía humana emana de este arte tan esencialmente calmo y ponderado, de una absoluta castidad, que ha esquivado con cuidado lo grotesco, lo obsceno y las truculentas monstruosidades.

Está permitido creer que esta gente de costumbres aparentemente más dulces que la de cualquier otro pueblo precolombiano, había ignorado la práctica de sacrificios humanos pues nunca hicieron figurar en el decorado de sus alfarerías (lo que constituye un hecho excepcional) esas horrorosas cabezas trofeos, chorreando sangre, de las cuales la ideografía americana ha hecho triste abuso.

Una atmósfera de belleza espiritual muy elevada, envuelve a este arte donde el simbolismo ha ejercido una influencia que parece haber obrado, sobre todo, en el sentido de una idealización muy sutilmente refinada, que parece haber sido particularmente cara a esas Viejas Razas de la Argentina, tan notablemente dotadas. Es ese rasgo esencial que distingue al arte cerámico de la civilización Chaco-Santiagueña, y su extraordinaria significación no podría escapar a ningún espíritu realmente cultivado.

Desearíamos podernos formar alguna idea acerca de cuáles fueron las condiciones de vida de esos pueblos del lejano pasado cuyas tumbas abandonadas hollamos bajo nuestra planta.

Cuando recorremos hoy los lugares, a menudo desiertos, que ellos tanto tiempo llenaron con los mil rumores de su vida industriosa y apacible, nos parece sentir pasar sobre las hierbas ondulantes de la pradera su invisible aliento y ver dibujarse confusamente entre las brumas que flotan sobre la llanura, su imagen borrosa, que querríamos hacer revivir en vuestro pensamiento.

Pastores, agricultores, tejedores de una habilidad consumada, y como alfareros maestros entre los maestros, estos pueblos sedentarios no vivieron por cierto una existencia miserable.

Muchos indicios nos llevan a creer que gozaron periodos de paz largamente prolongados. No se encuentra ningún rastro de combate sangriento, amontonamiento de armas o esqueletos abandonados, miembros humanos destrozados y dispersados, cráneos rotos con las marcas de mortales heridas.

Entre esos pueblos que gozaron de una civilización ya muy avanzada, todo indica que el lujo que desplegaban en la fabricación de la cerámica debió ir a la par con el que aplicaban a su vestido. Las 1.900 fusaiolas artísticamente trabajadas que existen en nuestras colecciones nos suministran la prueba. Las finas telas de las cuales una muestra ha llegado felizmente hasta nosotros, las innumerables perlitas, verdaderas joyas, la turquesa, lapislázuli, y otras piedras preciosas, han proporcionado el material en que han sido hábilmente talladas, debieron servir para adornar los vestidos confeccionados en dichas telas.

Numerosos instrumentos de música, en hueso o tierra cocida, nos hablan de danzas y fiestas en que esos hermosos vestidos debieron ser llevados. El bello estilo de la alfarería doméstica indica, como Ambrosetti lo explicó ya claramente, una vida tranquila y próspera.

La fabricación de la alfarería tuvo, sin duda, un lugar de los más importantes en sus actividades

diarias. En cuanto al trabajo en madera ellos no lo ignoraron ciertamente, pero ni el menor rastro ha quedado de los objetos a los cuales, evidentemente, supieron aplicarlo.

Las prácticas religiosas y las ceremonias de un carácter probablemente muy suntuoso a juzgar por el número y la belleza de las alfarerías rituales, debían ocupar una gran parte del día.

Según la señora Cox Stevenson Cushing, y otros autores norteamericanos que los visitaron por largo tiempo, los Indios Pueblos despliegan en el decorado de la cerámica y el simbolismo que la caracteriza, un lujo que se aproxima notablemente al que se observa entre los antiguos pueblos de Santiago del Estero y los ejercicios religiosos absorben casi seis meses de cada año, o sea la casi mitad de su tiempo.

Bajo aspectos, hechos a veces para sorprendernos y desconcertarnos no poco por su rareza, las ceremonias religiosas de los Zuní y de los Hopi, responden a conceptos animistas y panteístas y a preocupaciones de moralidad de una notable elevación. Los orígenes de su teogonía, de las más complicadas, así como los de su cultura, se pierden en la noche de los tiempos.

Es muy probable, en suma, que el modo de existencia de los constructores de túmulos de Santiago del Estero debió evolucionar bajo la

influencia de condiciones psicológicas que no se han apartado mucho de las de los Clif [ilegible] weller del Arizona.

He aquí todo lo que nos han enseñado las reliquias del pasado que tantas veces hemos dado vuelta entre nuestras manos y consultado pacientemente.

Es poca cosa, diréis. Lo suficiente sin embargo para que nos inclinemos con sentimiento de melancólica simpatía hacia esos hombres y esas mujeres de un muy lejano pasado, que conocieron nuestras alegrías y nuestros dolores y persiguiendo a su manera un sueño de belleza, alimentaron sublimes esperanzas que les ayudaban a soportar mejor las tristezas de la vida.



Duncan Wagner, durante una aristocrática velada en Buenos Aires (revista Caras y Caretas del 24 de julio de 1937).

La mujer en la civilización Chaco-Santiagueña

Por Olimpia L. Righetti

(Conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina, el 15 de septiembre de 1941)



Olimpia Righetti, trabajando en el Museo Arqueológico. 1946.

Desde esta tribuna que tengo el honor de ocupar me propongo dirigiros algunas palabras a fin de interesaros a examinar conmigo cierto número de

documentos arqueológicos y a considerar juntos los hechos que, surgiendo de por sí, permiten formarnos una opinión sobre los pueblos que en un pasado muy lejano vivieron en las tierras de América, donde con pie indiferente profanamos muchas veces sus cenizas y los vestigios de sus actividades pasadas.

Es de la mujer de la civilización Chaco-Santiagueña de quien deseo hablaros.

Su rol, ciertamente importante, si no preponderante, podemos juzgar del hecho que, las estatuillas de aquella divinidad son mucho más numerosas bajo la forma femenina que masculina.

Circunstancia que ha llamado la atención de los arqueólogos del Viejo Mundo, quienes la han bautizado con el nombre de “mujer sin boca”, sin haber seguido más lejos las investigaciones que los habrían llevado a comprender que esas efigies son antropo-ornitomorfas (humano-pájaro) y que la nariz, siendo a la vez pico de pájaro, ocupa naturalmente el lugar de la boca.

Por otra parte, el trabajo tan complicado de la cerámica, que sorprende por la variedad de sus formas y encanta los ojos por la elegancia, la pureza y el sentido artístico de sus motivos simbólicos decorativos, es uno de los atributos de la mujer.

La impresión de sus dedos pequeños y fuseiformes se encuentra constantemente en el

modelado de las cerámicas o de las estilizaciones ofídicas muy usadas, como las barretas en relieve, portadoras de cúpulas dejadas por la impresión de la yema de los dedos.

Esas impresiones provienen de dedos redondos, delgados y terminados por uñas redondeadas y poco salientes; la costumbre de dejar crecer las uñas como armas defensivas, no parece haber estado de moda entre las morenas alfareras de manos livianas y ágiles de la prehistoria, que nos han dejado tantas pruebas de su habilidad en la fabricación de las más finas y delicadas alfarerías, modeladas todas con maestría, muchas de las cuales deben considerarse obras maestras del arte cerámico prehistórico.

Entre estas últimas, se destacan las fusaiolas, provenientes de las excavaciones del subsuelo y de los túmulos de Santiago del Estero, de las cuales poseemos 6.000 ejemplares de todas las formas y dimensiones. La gran mayoría están grabadas o esculpidas en bajo relieve u ornadas con motivos simbólicos hechos por una sucesión de pequeñas impresiones practicadas en su superficie cuando la arcilla estaba aún fresca, antes de la cocción, o trabajadas con una punta aguda de bordes cortantes que dejó trazos tan netos como los que hace un grabador sobre el metal.



Los Wagner y Olimpia Righetti con intelectuales de La Brasa, en el Museo Arqueológico.

No sabríamos admirar demasiado la precisión del trabajo y la seguridad de las manos que las hacían; es evidente que eso ha sido conseguido merced a una educación especial y a una gran práctica.

Estos pequeños instrumentos de terracota, llamados vulgarmente torteros, fusaiolas por los arqueólogos y muyumas en lenguaje quichua, se colocan en la base del huso para hilar.

De este modo, mantienen el movimiento de rotación bajo el impulso de los dedos de la hilandera y contribuyen a mantener la posición vertical del huso.

La infinita variedad de formas y decorados y el cuidado que ha presidido su fabricación, indican que servían para trabajos de hilandería muy fina.

El empleo del hilo delgado parece haber sido común para la fabricación de telas de igual calidad. Esta aseveración está reforzada por la lógica de las conclusiones que surgen de los documentos: pues, en razón del peso del tortero, está el espesor del hilo. Vale decir, que un tortero chico debe producir hilos delgados. Y aquí viene lo interesante de esta verdad: en la magnífica colección que nuestro museo posee, hay un porcentaje considerable de torteros pequeños, entre los cuales algunos sólo alcanzan a pesar un gramo; 1,10 gramos y tienen una circunferencia menor que la del anillo de un dedo de bebé. Los más comunes sólo pesan 9,30 gramos.

Además, no debemos despreciar la elocuencia de los números. Seis mil torteros ¿no sugieren la idea de 6.000 mujeres entregadas al útil arte de hilar para cubrirse? Tomamos el número íntegro, porque si bien es cierto que una misma tejedora podía ser dueña de varios de estos instrumentos como ocurre en el Viejo Perú, no debemos olvidar que el tiempo, agente destructor, ha debido hacer perecer muchísimos más, y así las colecciones reunidas en nuestro museo constituyen una parte ínfima del

tesoro arqueológico que duerme en las entrañas de la provincia de Santiago del Estero.

No solamente los magníficos ornamentos de los torteros, el cuidado de su pulido, la prolijidad en su aspecto, la variación en su forma, las elegantes combinaciones en sus decorados, denuncian el refinamiento de aquellas hábiles artistas, alfareras y tejedoras, sino que también hay un hecho que resalta y hace pensar con admiración en sus gustos y costumbres; es el de haberse encontrado en las excavaciones que practica la Misión Arqueológica de Santiago del Estero, uno de estos torteros trabajado en una piedra semipreciosa.

Las cerámicas chaco-santiagueñas, pintadas o grabadas casi sin excepción, indican que las telas que se hacían con aquellos hilos debían llevar también esos mismos dibujos, ya en colores o hechos en la trama, como ocurre con los tejidos encontrados en las tumbas peruanas.

Un tejido del Viejo Perú que forma parte de las colecciones del Museo de Santiago, hace ver el empleo de los motivos simbólicos-decorativos de esa provincia.

El único fragmento de tela, milagrosamente conservado hasta nuestros días, fue encontrado adherido al fondo de esta urna funeraria. Es sumamente delgado y evidentemente se usó para el vestido. Su estudio, practicado por René d’Harcourt,

especialista en tejidos americanos, confirma lo que el examen cuidadoso de los torteros sugería. Veamos lo que el especialista nos dice después del prolijo estudio practicado en Francia sobre dicho fragmento de vestido: “Presenta, sobre una de sus caras, líneas paralelas de pequeñas riendas dobles incorporadas regularmente en la tela a distancias fijas. Todo el interés del análisis del tejido reside en la demostración del modo de la obtención de esas riendas…”

“Por cada centímetro cuadrado, se cuentan 30 hilos de cadena, más o menos, contra 23 hilos de trama…”

“No he encontrado hasta ahora tejidos del Viejo Perú ofreciendo sistemáticas comparables a las que acaban de ser descriptas. Se puede admitir una intención decorativa si el hilo de la trama es de color diferente del hilo de la cadena; en ese caso, siendo la trama casi invisible en las partes tejidas, el género presentaría un fondo de color liso sobre el cual se destacaban en claro o en oscuro, pequeñas líneas paralelas constituidas por las riendas.”

No hemos de abandonar el rico tema que nos brinda el arte de tejer sin antes hablar de los pequeños instrumentos que se usaban en los telares. Nos referimos a las agujas de hueso, trabajadas con

sumo esmero, las que como los torteros despiertan interesantes sugestiones. Ellas están a la altura de las delicadas manos que las usaron y del refinamiento de aquellos instrumentos.

Para hacerlas, el material mismo parece haber sido ennoblecido por el hombre y por magia de algún procedimiento hoy desconocido, les dieron el aspecto de marfil. En una de ellas, sobre una superficie finamente pulida, se ha dibujado un reticulado, que estiliza el cuerpo de la serpiente sagrada; en otra extiende, zigzagueante, su cuerpo ofídico. Así, los objetos de uso práctico conservaban en su delicadeza, su carácter religioso.

Veamos lo que dice mi sabio maestro, refiriéndose a un alfiler de hueso por él encontrado en los túmulos del Chaco-Santiagueño, el que, según toda probabilidad, servía para prender las mantas que llevaban las mujeres de aquella lejana época. “Esta aguja fue obra multimilenaria de un cazador artista, que al ver deslizarse un cisne sobre las aguas de una laguna notó que la elegante ave dejaba tras de sí al nadar, una larga estela sobre el espejo de las aguas dormidas, y comprendió que había allí un motivo para hacer un alfiler para asegurar la manta de una persona querida, o tal vez para adornar sus cabellos.”

Con una admirable paciencia y la ayuda de una astilla de sílex cortante entre sus dedos, un

fragmento de hueso cobró vida y se transformó en el hermoso cisne nadando que aquí admiráis.

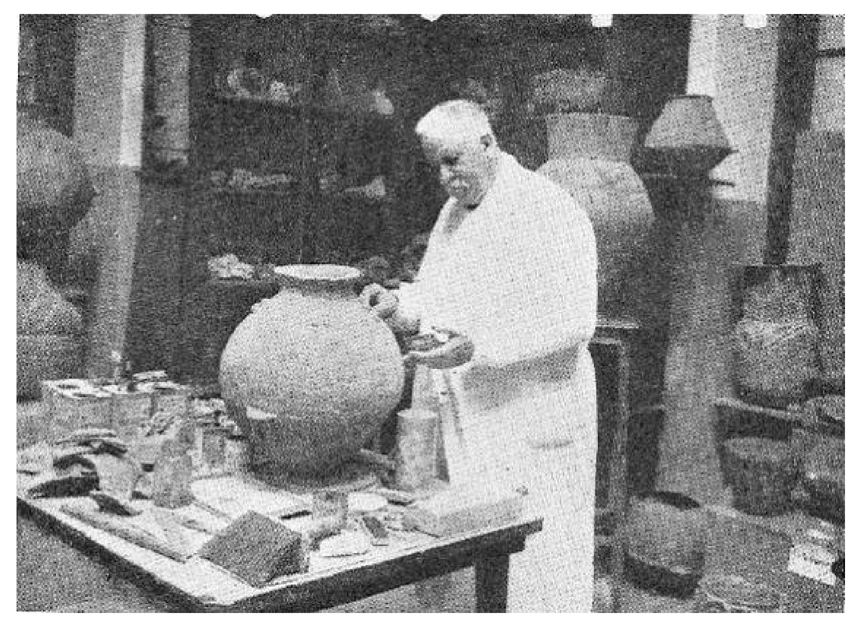
Investigando siempre sobre documentos arqueológicos que tan generosamente nos regalan los túmulos de Santiago del Estero, y los que nos proporcionan las provincias circunvecinas, hemos podido conocer algunos peinados de la época y el cuidado que dedicaban al arreglo del cabello.

Un vaso antropomorfo que representa a una mujer con los brazos en jarra nos da el ejemplo de un peinado muy elegante que hoy en día no tendríamos a menos llevar. Éste se compone de una "banana" o rodete alargado y dos bucles que caen sobre la nuca. Ningún cronista nos habla de peinados así, ni en Santiago, ni en toda la región del Tucumán; y los historiadores contemporáneos nos hacen conocer más bien algunos muy sencillos, generalmente melenas. Todos los puntos que acabamos de establecer con pruebas materiales, incontrovertibles, permiten formarnos una opinión positiva sobre lo que fueron en las lejanas edades los pueblos que habitaban el Chaco-Santiagueño y sus regiones adyacentes, y nada autoriza a pensar que sobrevivieron hasta la Conquista.

No es necesario hacer la aclaración de que se trata de una reconstrucción muy modesta, basada en

documentos reveladores de que esta parte de América no estuvo en un pasado muy lejano, cada día mejor esclarecido, poblado por tribus semisalvajes, compuestas por individuos vestidos con plumas y taparrabos. Por el contrario, hubo una civilización apacible y exquisita, con un alto grado de evolución artística, que ocupó el centro y norte de nuestro país. Los tesoros inapreciables de esa civilización se conservan y estudian en el Museo Arqueológico de Santiago del Estero.

Dos conferencias sobre el imperio de las llanuras santiagueñas. Olimpia Righetthi. Edición de la autora. Buenos Aires, 1942.



Emilio Wagner. 1946.

Historia de Mistol Paso

Por: Haydée Wagner de Costas
(Hija de Emilio R. Wagner)

A principios del año 1.900 don Emilio R. Wagner estuvo por Icaño. En 1904 se lo ve construyendo su casa en Mistol Paso (hay fotos). La propiedad fue adquirida a Otto Wulff, por esos años.

Cuando en 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, don Emilio pensó que su lugar debía estar en Francia y se enroló como voluntario en defensa de su Patria lejana. Todos sus bienes quedaron bajo la tutela del abogado don Napoleón Taboada, que se decía gran amigo y hombre de confianza.

Cuando después de la muerte de mi padre, fui a ver la casa donde yo había nacido, pude enterarme por don Absalón Aymeric, su ahijado, de algunos detalles de cómo don Emilio perdió Mistol Paso. Cuando yo le dije que no contaba con la cantidad de dinero que pedía la Sucesión Taboada (ahora a cargo, luego de la muerte de Napoleón Taboada) y que papá la había transferido por una deuda. "¡Qué deuda! –dijo don Absalón– si mi padrino era inmensamente rico. ¡No debía un centavo a nadie!" Lo que pasó es que Taboada le hizo una mala

jugada. Don Emilio había firmado una garantía por el alquiler de una casa en Icaño para un médico amigo, creo que el Dr. Eugenio de Giovanni, de noble familia italiana y huésped por entonces de don Emilio en Mistol Paso.

El propietario era Otto Wulff, el alemán que le había vendido Mistol Paso a don Emilio, y Napoleón Taboada no encontró nada más conveniente que pleitear con el alemán (mi padre, francés, estaba en guerra contra el país de Wulff) y ganar. Claro que con vender un par de novillos, se habría pagado esa cuenta que era de $ 200 (doscientos). En esa época una vaca se vendía a $100 por la guerra europea. Pero más le convenía a Taboada entablar y ganar el pleito. Así se presentó triunfante ante mi padre. Había vencido al alemán con su victoria a lo Pirro (para Wagner) y presentada en bandeja dorada…pero detrás venía la cuenta, de $25.000 (veinticinco mil), que don Emilio arruinado por la guerra no pudo pagar.

Según Aymeric me expresó, Taboada aprovechó muy bien la euforia de don Emilio que volvía de ganar la guerra expulsando a los invasores de su Patria. Entonces lo hizo transferir la propiedad, en prenda por sus honorarios, sin más, cosa que don Emilio hizo pensando que alguna vez la recuperaría. Nunca pudo aunque hasta los últimos años de su vida lo deseara, según Canal Feijóo, que estaba en

esos trámites cuando don Emilio falleció en 1949 (hay cartas).

Aunque ya dueño de Mistol Paso, Taboada permitió a mi padre seguir viviendo en la misma casa que construyera, nunca se comentó nada. Quedaba muy mal que un patriarca como Napoleón Taboada, haya dejado en la ruina, y más completa miseria a un caballero de noble estirpe, como don Emilio Roger Wagner… Y todo se tapó para el resto de la gente.

Yo no sabía nada de eso, hasta que un día, allá por 1937, cuando yo tendría unos once años, mi madre y yo vimos desde un ventanal de la casa a un hombre joven y rubio, vestido con ropa de montar de corderoy marrón observando todo. Entonces papá dijo:

–Ese es uno de los Taboada: –era el Gringo Ramos Taboada (un sobrino) –, no es la primera vez que anda merodeando–.

Gaspar (hijo de Napoleón) preparó un documento que está en lo del Juez de Paz de Icaño, por el que no se permite a nadie sacar nada de Mistol Paso ya que todo pertenece a la "Sucesión". Aún lo veo examinando una máquina de cortar alfalfa, una Mc Cormic, inutilizada por no conseguirse repuestos. Solía venir en compañía de algunos de la familia Mansilla, de Icaño, en cuya casa se hospedaba.

Cuando años después de la muerte de papá, le recordé ese episodio, lo negó.

Dijo que nunca estuvo en Mistol Paso. Yo, una huérfana sin familia, amigos ni dinero, pensé aunque no se lo dije: “Que Dios lo anote en tu cuenta!” Cinco años después lo llamó.

En apariencia don Emilio Wagner seguía siendo el dueño de Mistol Paso y todo se cubrió como si nada hubiera pasado a pesar de que tuvo que hachar leña con sus propias manos y venderla en Icaño para sobrevivir… (hay una carta de N. Taboada reprochándole por quejarse de su suerte). Papá comenzó a crear un colmenar… siempre decía que las abejas lo salvaron ya que años después, por la década del treinta, tenía el más magnífico y principal colmenar de la zona. Volvió a cultivar alfalfa y criar ganado y “reverdecer Mistol Paso”, como decía, con el único apoyo de mi madre y su férrea voluntad.

Cuatro años después de la muerte de ella, papá también murió.

Hacía unos dos años que declinaba, no podía atender todo desde Santiago, ya muy anciano y sin la dirección de mi madre en Mistol Paso.

Cuando don Emilio había ido a la guerra, Taboada dispuso que toda la hacienda caballar y vacuna de raza y demás, fuera llevada a la estancia que tenía en Quebrachito, cerca de Pinto, bajo la

dirección de Leandro Taboada, otro de sus hijos (según se decía "la oveja negra" de la familia). Allí desapareció para siempre, se pensó que don Emilio no volvería nunca de la guerra, que había muerto, y Taboada dispuso de todo como dueño y señor.

La curtiembre de Mistol Paso, que exportaba cueros a Europa, sin dirección adecuada, sucumbió, así como toda la actividad agrícola ganadera.

Pero "graciosamente" los Taboada permitieron seguir viviendo a don Emilio en Mistol Paso, hasta su muerte, es decir, desde que le compró la propiedad a Otto Wulff en 1900, hasta 1949. Unos cincuenta años en total.

De Mistol Paso, desde que don Emilio se hizo cargo del Museo Arcaico, luego Arqueológico, partieron todas las misiones de búsqueda y recolección de material científico que luego constituiría el más rico acervo de nuestro pasado remoto.

Ahí nació el Museo Arqueológico, como él llamaba. Durante un tiempo lo acompañó su erudito hermano Duncan, que lo complementaba hasta que se radicó en Santiago como vice director. Y tanto el Museo como Mistol Paso, recibieron las visitas de los más distinguidos personajes de la ciencia y la cultura.

Tras la muerte de don Emilio, la Sucesión comenzó a desarmar la casa y vender todo lo

vendible. Antes que esto sucediera yo hablé con el Dr. Gaspar Taboada, quien aunque parecía bien dispuesto ya que me conocía desde que nací, me decía que todo dependía de la Sucesión, de la cual él era “sólo una parte”. Me dijo que él no cobraría su parte, pero la Sucesión no aceptaba los $7.000 (siete mil) que era lo único que tenía como seguro. Pedían $12.000.

El Dr. Horacio Germinal Rava, que me asesoraba y se decía amigo, pero resultó ser uno de los abogados de la Sucesión, me aconsejó que retirara todo lo que pudiera de la casa (muebles, libros, enseres domésticos, etcétera) porque me “iban a robar”.

Yo por ese entonces era maestra en Suncho Corral y el resto del tiempo vivía con mi tía Cecilia, viuda de Duncan Wagner, en Santiago. En Mistol Paso sólo quedaba la cuidadora y el que fuera capataz, don Eduardo Aymeric, que vivía en las cercanías.

Cuando tiempo después volví a insistir y escribí al Dr. Gaspar que vivía en Buenos Aires, este me dijo que tratara con el Gringo Ramos Taboada, que era ahora el encargado. Y aunque ya sabía quién era, fui a verlo. Este me dijo si “para qué quería Mistol Paso, ahora que nadie se acuerda de los Wagner”, que “la propiedad era grande”, 120 (ciento veinte) hectáreas, y que “la dividirían en

cuatro”. Entonces le pedí que me avisara y me reservara la parte con la casa. Y aunque lo prometió, nunca lo hizo. Ocho años después supe que la había vendido a un tal Barrón, de La Banda y su socio de apellido Laprida.

Cuando le conté a Rava lo que me contestó Ramos Taboada, me comentó: “Si no hubieras sacado las cosas te habríamos podido hacer la posesión treintenal”… ¿Y no fue él mismo quien me dijo que las sacara porque me iban a robar?... Ya habían entrado cuando la cuidadora se había ausentado un día para ver un familiar enfermo. Comprendí entonces que estaba completamente sola.

La Sucesión no encontró nada mejor que establecer un obraje. Arrasar con todos los árboles centenarios de la propiedad, luego de vender la casa parte por parte. Estaba levantada en ladrillo, quebracho colorado, con los dos frentes con mamparas de vidrio labrado. Cuando fui y vi lo del obraje, le pedí al cuidador que por favor no cortaran los árboles que rodeaban la casa, y el hombre, cuyo nombre ignoro, tuvo la gentileza de salvar dos mistoles, dos algarrobos, bajo uno de ellos estaba la fragua, y un chañar al borde del río en el que se solía atar el bote. Además, desarmaron y vendieron el enorme galpón de pinotea y zinc, bajo el cual

entraban las chatas a descargar alfalfa y retirar los fardos.

Después cuando le vendieron a Barrón y Laprida, terminaron con el alambrado de siete hilos y postes de quebracho. Los lugareños se encargaron de no dejar ni un solo ladrillo. Ya se llevaron los del dique, ahora están desarmando los calicantos de la curtiembre, que estaba sobre el borde del río ahora seco desde hace años.

Así es como la provincia pagó la obra de los Wagner… su entrega y sacrificio, no obstante que en su testamento mi padre pide protección “para su hija y su madre que tanto hicieron para ayudar a realizar las magníficas colecciones del Museo”. Nunca conseguí siquiera audiencia, y pedir que me escucharan. Si Santiago se conoció en el mundo, fue por el Museo y los Wagner.

Mi intención fue que si yo no lo podía adquirir nuevamente, pediría que pasara al Consejo General de Educación, para que luego de refaccionar la casa, se creara una escuela infantil, con el nombre de los Wagner. Nunca me escucharon. Más bien no quisieron escucharme. No pudo ser. Ahora sólo unos cuántos árboles y un pozo, que a este no pudieron llevárselo, marcan el sitio. Leí que ahora buscan sitio para escuelas y no encuentran, por lo que propongo a las autoridades educacionales pensar en Mistol Paso. Pasarlo como Patrimonio

Histórico de la Provincia y crear allí una escuela granja. En especial, apicultura, por los chañarales que hacen que la miel sea curativa.

La propiedad tenía riego a perpetuidad. Habría que habilitar nuevamente el viejo Río Salado, el que navegara Esteban Rams llegando justo hasta el frente de donde estaba la casa y donde mi padre me señalaba los tocones de gigantescos árboles que se cortaron para que pasara la embarcación.

Dejo la inquietud a las actuales del Museo Arqueológico Wagner para gestionar esto que considero positivo para la educación de niños y jóvenes. La UNSE podría asesorar en esto ya que la educación es la base en la que se sustenta el progreso.

Quien la tiene, sabe cuidar su salud, procurarse trabajo y construir su vivienda. Hay mucho por hacer después de cincuenta años de postración e ineficiencia.

Nota: el manuscrito original de esta reseña y la siguiente carta de don Emilio Wagner fueron entregados personalmente por la profesora Haydée Wagner de Costas al autor de este libro. A mediados del año 2006.

Una carta póstuma de Dn. Emilio R. Wagner

Al Dr. Bernardo Canal Feijóo

Para remitirlo al Dr. Gaspar Taboada, de parte mía.

Santiago del Estero, 12/46.

Caro Gaspar:

Te escribí hace pocos días para mandarte miel y remitirte la guía, porque como no va por carga, puede ir a parar a la loma del diablo, como pasó una vez ya y también para anunciarte que te voy a mandar un buen cuchillo – machete de caza encabado para vos que te prometí hace tiempo. Pero quiero conocer la dirección más segura porque no quiero que se pueda perder, ya que es la última hoja que me queda y no he de encontrar otra igual. Dame pues a vuelta de correo la dirección segura. Otra cosa, quiero que te entiendas con Canal Feijóo para ver si me hacen condiciones y precio acomodado para que pueda comprarles Mistol Paso, ya que deseo aprovechar el año lluvioso

y mis últimos años de actividad, y buscar resucitar mi antiguo nido para tener en dónde descansar en paz, y dejar un hogar a mi hijita Haydée, que es todo lo que queda de mí y de mi otra familia*. – Vos sos archimillonario y Napoleón está muy, muy bien. Verás si te entiendes con Bernardo, que es un buen y fiel amigo y te arreglas para cederme esta porción de suelo santiagueño, en donde he pasado tantos días buenos y malos y que tenga, en mi vejez, el placer de morir en mi casa.

Bernardo y vos, tomen las disposiciones para hacer que sea posible y que veas asegurado tu interés. Me has dado muchas pruebas de afección, me darás todavía esta. Cuento sobre vos.

Mi salud es mejor, pero nadie conoce mi hora. Tengo tanta experiencia adquirida, que tal vez haga reverdecer el viejo Mistol Paso. Las tierras habrán descansado y pueden darme otra vez un poco de alfalfa, en todo caso, mejoraría Mistol Paso.

Dejo esto entre Gaspar y Bernardo, que más entiende que yo de estas transacciones y le he rogado que te escriba al propósito.

He vuelto a Santiago por algunos días o meses, esto depende de Jorge Argañarás, que es mi Ministro hoy en día. Espero que me ayude acordándose de los días en que cazábamos patos juntos en los bañados del Salado. De estos días me acuerdo siempre como del buen tiempo pasado.

Muchas cosas amistosas a Napoleón, gánalo a mi causa para me sea favorable.

Un fraternal abrazo de tu viejo compañero.

Emilio R. Wagner

* ...”mi otra familia”: se refiere a la que dejara en Europa. Los Wagner eran 7 hermanos: además de Emilio y Duncan, Andrés, Raúl, Eduardo, Sabina y Lucía. Eduardo murió en 1900, como funcionario de la embajada francesa en China, durante la rebelión de los boxers.

Por lo demás, poseían numerosos parentescos, cuyas ramas se extendían, además de Francia, por Escocia y Polonia.

La Arqueología en Santiago Del Estero

Por Emilio Wagner



Emilio Wagner, Olimpia Righetti, Duncan Wagner.

Cuando publicamos en 1934 la obra titulada *La Civilización Chaco - Santiagueña* y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo, poseíamos en el Museo Arqueológico de Santiago del Estero, solamente 17.000 piezas arqueológicas consistentes en un material lítico, cerámicas y hueso trabajado. Hoy, las constantes investigaciones y excavaciones nos han permitido llegar a 65.899 y extender considerablemente el radio de nuestras investigaciones. Debemos hacer notar que ningún

hecho nuevo ha venido a contradecir las conclusiones a las cuales llegamos mi hermano Duncan y yo, en el curso de este primer periodo de estudios. Al contrario, todo el material nuevo recogido en las exploraciones realizadas en diversas direcciones del territorio, que han alcanzado hasta la frontera Norte de la provincia, no han hecho más que confirmar lo que habíamos dado a conocer entonces. Es decir, que la extensa provincia de Santiago del Estero fue poblada en una lejana época – que nada permite determinar – por los pueblos de una civilización muy adelantada, servidores de una deidad única y trinitaria; hombre, ave y serpiente, representada en innumerables efigies estilizadas, pintadas sobre la cerámica o modeladas en medio relieve. Actualmente podemos añadir que también aparece grabada sobre las rocas, en las grutas de Para Yacu, de donde, en compañía del escultor Rafael Delgado, hemos tomado moldes en yeso.

Aquellos pueblos, servidores de la Divinidad Alada de las viejas razas, eran grandes constructores de túmulos, sobre los cuales hablaban, de manera elocuente, sus urnas funerarias e innumerables objetos con signografía en tal sentido descubiertas en las constantes investigaciones efectuadas durante estos últimos años.

La Misión Arqueológica al internarse en la selva espinosa y tupida del Chaco suele encontrar esos

túmulos, perdidos en los montes que los esconde o en las llanuras desoladas, formando pueblos que se extendían sobre centenares de hectáreas. Los hoyos que han quedado, al ser sacada la tierra para levantar esos túmulos, se ven aún hoy en día al lado de ellos. Llaman la atención por el color particular de la tierra, que al correr de los siglos ha rellenado por la acción niveladora de los lluvias y de los vientos. Esos hoyos que los criollos llaman "represas" en muchos casos aún recogen agua durante los grandes lluvias de verano.

A veces para establecer viviendas aprovecharon las tomas de aportes aluviales que indican en la llanura los puntos en los cuales el Río Salado o el Río Dulce, o un brazo de ellos, cortó la barranca a causa de los enlames que habían obstruido su cauce, tomando como consecuencia un nuevo curso.

Cuando estos espacios han sido habitados por mucho tiempo, las capas de restos de cocina, de carbón, de huesos fragmentados, de escamas de pescados y de cenizas que los recubren, pueden tener hasta un metro y medio de espesor y aún más y el núcleo primitivo de aluvión, ser en comparación poca cosa.

Al revisar esos túmulos las cerámicas empezarán a aparecer, como también hachas de piedra, algunas rotas, posiblemente porque se estrellaron en la cortada de maderas duras; instrumentos de música

de formas variadas, tanto de hueso como de arcilla; útiles de hilar y de tejer, puntos de flechas; pipas, instrumentos de hueso de uso desconocido pero que llaman la atención por la fineza y el cuidado del trabajo, objetos de metal para el adorno; estatuillas de la deidad antropo-ornito-ofídica, urnas funerarias adornadas con la cabeza de esta misma deidad; y paulatinamente, numeroso material arqueológico, viene a recompensar la labor y el largo viaje de exploración realizado por los miembros de la Misión Arqueológica que previamente han debido recorrer las soledades de los Chacos Santiagueños para reconocer y ubicar las ciudades precolombinas.

Los pueblos del pasado, que denuncian sus numerosos túmulos cubiertos de fragmentos de cerámica, revelan al revisarlos que aquellos que los construyeron eran adoradores de la divinidad trinitaria de las antiguas razas que poblaban las inmensas llanuras que se extienden de los Andes al Paraná y de los contrafuertes cordobeses hasta el Norte del Chaco Santiagueño.

Esos pueblos tenían un mismo y único culto y por lo tanto una misma religión, aunque formaban agrupaciones o sectas sociales y religiosas diversas, divididas por el espacio y posiblemente por el tiempo, pero de origen común.

¿En qué época llegaron a nuestra tierra Argentina? Es cosa que nos parece imposible

precisar, ya que falta base para todo cálculo cronológico, salvo la comprobación de algunos hechos sugestivos, que ofrecen las correlaciones íntimas del material arqueológico de la Argentina y de otras partes de América con el material arqueológico de los viejos continentes. Un ejemplo típico ofrece la exacta similitud de numerosos torteros grabados de Santiago con los que se hallaron en las ruinas de la histórica ciudad de Troya, en el valle de Hissarlik. No menos notable es la identidad que ofrecen las urnas funerarias con dos apéndices cónicos al pie del cuello, o con efigies en medio relieve de la deidad trinaria de las viejas razas de esta provincia, con las urnas que se encontraron en esas mismas ruinas de la Troya contada por Homero (Asia Menor), como así las estatuillas de la mujer-pájaro, portadoras de un extraño tocado sobre la cabeza, encontradas en Santiago e igualmente en el valle de Eufrates, bajo el limo diluviano. También es sugestivo encontrar la efigie de la divinidad antropoornitomorfa modelada en la cerámica de las islas Pitiusas (Baleares), idéntica a la que encontramos en Santiago, y las efigies de la mujer-pájaro (mujer sin boca) que lleva sobre las mejillas listas paralelas, en esta provincia y allende los mares, en Saint Sernín (neolítico de Francia). Existen muchos otras correlaciones entre las piezas arqueológicas de la civilización Chaco

Santiagueña (Santiago del Estero, Argentina) y las de Eurasia que sentimos no poder citar por falta de espacios. Pero los hechos mencionados llevan muy atrás en el tiempo, el origen de la civilización de los pueblos antiguos de las llanuras de Santiago y de otras regiones de la Argentina.

¿En qué fecha han desaparecido las hábiles alfareras que adornaban con piedras semipreciosas como la turquesa y el lapislázuli los géneros muy finos que tejían y cuyas nociones comunicábanse con los dos océanos, como dejan ver los numerosos moluscos marinos perforados para ser llevados como adorno, insignia o amuleto, que encontrábamos en el curso de las excavaciones? A esta pregunta tampoco podemos contestar, nos hemos de contentar con anotar aquí, que en espacio de 50 años de exploraciones en el subsuelo de Santiago, a pesar del clima seco de la región no hemos encontrado ni un solo objeto de madera en los numerosos túmulos que las palas de nuestros operarios han excavado cuidadosamente. Tampoco hemos hallado nunca restos de horcones o postes de los que debían ser enterrados para sostener los techos de los habitaciones. El tiempo no respetó algo que no fuese cerámica, hueso o piedra. De cualquier modo, la época en la cual han desaparecido los constructores de túmulos no tiene, según lo atestiguan los documentos arqueológicos,

nada que ver con la llegada de los españoles a América.

A medida que las investigaciones se extienden y se intensifican, se hace más evidente un “substractum único”, del cual habla el director del Museo Nacional de Lima, sorprendido por los resultados que le dan los estudios comparativos que hace entre las diversas culturas del Perú, y quien, hablando de la cerámica dice: “todo lo representado tenía un sentido simbólico, era un lenguaje, no un simple y superficial adorno”. Esta verdad que venimos anunciando desde hace más de dieciséis años en nuestras publicaciones, viene haciéndose irresistiblemente evidente a los investigadores laboriosos y perseverantes. Esta observación que valoriza los estudios comparativos a los cuales nos hemos dedicado especialmente en el Museo Arqueológico de Santiago del Estero, son los únicos que conducen a conocimientos positivos. Los resultados adquiridos nos llevan a pensar que en todos los lugares donde encontramos las representaciones de la Trinidad formada por el hombre, el pájaro y la serpiente, que vierta o no lágrimas, se trató de la divinidad de las viejas razas de América y que todos los pueblos que se dedicaban a su culto pertenecían a una misma civilización y tenían, según toda probabilidad, un origen común.

Aquella divinidad es muy vieja sobre la tierra. La encontramos en el neolítico de Asia, de Europa, de África y en los dos Américas, por lo tanto, los pueblos que se consagraban a su culto tenían una civilización de origen muy antiguo y común a todos.

Diario El Liberal, 1948.

El Imperio de las Planicies

Por: Duncan L. Wagner

(Fragmentos de la conferencia "Treinta años de arqueología en la Mesopotamia y en el Chaco de Santiago del Estero".)

[…] En el primer volumen de nuestra obra hemos descripto los rasgos más salientes de la civilización de esos pueblos del pasado y establecido exactamente, como por el momento es posible hacerlo, el trazado de las fronteras del vasto territorio que ellos colmaron de los mil rumores de sus actividades diarias y donde su existencia nacional parece haberse desarrollado próspera y relativamente tranquila, durante muchos años.

[…] De esta construcción del espíritu, basado sobre la solidez de los hechos, la parte que se refiere al simbolismo muy particularmente sutil y refinado de aquellos pueblos desaparecidos, donde el esoterismo ha debido tener, todo mueve a creerlo, un rol considerable, es ciertamente una de las más interesantes de estudiar, como estando esencialmente ligada a la idea que nosotros también

nos hacemos de esos enigmáticos habitantes prehistóricos de la planicie santiagueña.

Ese simbolismo intensivo y las fórmulas de arte religioso y hierático a los cuales ha dado nacimiento, son dignos de ocupar un lugar aparte, y de los más importantes por cierto, no solamente en el estudio de los caracteres propios de las viejas razas de la Argentina sino de las diferentes manifestaciones más sugestivas de la inteligencia humana de que tenemos conocimiento. En ningún otro lugar han sido encontrados parecidos.

Este estudio nos ofrece la ocasión de penetrar hasta cierto punto en los meandros infinitamente complicados de una mentalidad donde el misticismo ha tenido una gran parte y que no ha sido ciertamente el de los pueblos bárbaros y groseros, compuestos de tribus errantes y miserables.

El Imperio de las Planicies ha hecho su entrada en la escena cambiante del mundo en condiciones y una fecha que permanecen, hasta el momento, cubiertas de un velo de misterio impenetrable y bien parece que se hubiera retirado con la misma desconcertante discreción.

[…] En materia absoluta, los únicos datos que conviene aceptar como verdaderos nos son suministrados por las correlaciones positivas y completamente indiscutibles que existen entre los productos del arte cerámico de los antiguos

habitantes de Santiago del Estero y los de la época neolítica de la Eurasia.

[…] Esos numerosos pueblos se mostraron, poseemos pruebas irrecusables, agricultores. Cultivaron el maíz y por consiguiente otras plantas alimenticias; fueron pastores cuidadosos sin duda, de sus rebaños de guanacos u otros auchenias, tejedores de una notable habilidad y alfareros incomparables, maestros entre los maestros . Entre los pueblos prehistóricos no hay ninguno que los haya aventajado en esta rama de las actividades humanas, en ciertos aspectos de la cual ni siquiera han sido igualados.

Pero lo que envuelve la fisonomía de esos pueblos del lejano pasado en una atmósfera singularmente atrayente, algo turbadora sin embargo, es la impresión de espiritualidad intensa, de ferviente religiosidad y de esoterismo netamente indicado que se desprende de un arte cerámico de la más extraña y original belleza, cuyas concepciones no han podido ser inspiradas sino por un sentimiento de lo divino y del más allá notablemente desarrollado. Esas curiosas gentes habían llevado el simbolismo a tal grado de perfección y como acabamos de decirlo, de sutil refinamiento, que sorprende a la imaginación.

En ningún otro pueblo, en efecto, hallamos el ejemplo de un número tan considerable de

ideogramas ingeniosa y hábilmente combinados y aplicados al arte decorativo con tanta elegancia, precisión y seguridad.

La admirable serie de simbolizaciones, con frecuencia extrañamente estilizadas que va a pasar ante vuestros ojos ha sido seleccionada de un conjunto muy vasto que comprende un estudio completo del rol tenido en la iconografía de los constructores de túmulos en Santiago del Estero por el símbolo de la mano unida a la serpiente.

[…] Notablemente impregnados de sentimiento religioso y de una piadosa veneración hacia aquellos de quienes la muerte los había separado, esos pueblos no parecen haber vivido librados a los instintos sanguinarios que han impreso un sello de truculencia tan poco agradable de contemplar, a las artes plásticas de otros pueblos precolombinos. Por otra parte, las escenas chocantes de un erotismo exasperante que hieren casi siempre nuestras miradas en la iconografía de los antiguos pueblos americanos, y que no siempre han respetado el augusto estilo de las tumbas, no se encuentran jamás, ni aún débilmente insinuadas en el arte de tan absoluta castidad de esas viejas razas de la Argentina.

Ciertos indicios parecerían señalar que ese poderoso Imperio de las Planicies no fue particularmente belicoso ni conquistador pero que

pudo, sin embargo, durante larga serie de años, tener los perros de la guerra alejados de sus fronteras, lo que explicaría su aparente prosperidad.

Esto permite entrever la existencia de pueblos disciplinados, obedientes a una autoridad centralista, firmemente establecida, probablemente teocrática y de costumbres no desprovistas de amenidad donde debían ocupar uno de los lugares más importantes las ceremonias religiosas, acompañadas de danzas y juegos de los que dan fe ricamente decorados que no están ciertamente hechos sólo para contener el agua sacada de los más próximos receptáculos, los instrumentos de música de todo género y las numerosas fichas encontradas en los túmulos.

Los tejidos destinados a los vestidos eran de una fineza notable como lo prueban algunos raros fragmentos de una hermosísima tela, encontrada adherida a los adornos de una urna funeraria, así como impresiones de tejidos, que hemos

encontrado preservadas entre dos capas de arcilla. Las fusaiolas * en tan gran número y el cuidado puesto en su confección, serían suficientes por lo demás para apoyar la convicción de hasta qué punto el arte del hilado y por consiguiente el del tejido fue tenido en honor por esos pueblos apasionados de la belleza plástica bajo todas las formas que encontraron a su alcance.

Adornadas de perlas de nácar, de turquesa, de lapislázuli y otras piedras semi preciosas encontradas en los túmulos y de los cuales nuestro Museo posee una muy bella colección, las telas con las que se vestían los antiguos habitantes de Santiago del Estero no debían ceder un punto en suntuosidad a las magníficas cerámicas policromas que hacen todavía ahora la admiración de los entendidos. Esos pueblos no fueron pues bárbaros recién escapados de los paraderos primitivos. Todo observador, aún poco atento, convendría con nosotros que una civilización que tiene tales rasgos, no ha podido ser la obra de pocos siglos, sino el fruto de una serie de evoluciones sucesivas que ha debido extenderse sobre un lapso al que es imposible asignarle un límite pero que por fuerza tuvo que comprender muchos siglos.

[…] Ante nosotros se levanta, vigorosamente diseñada, la imagen de un pueblo numeroso que estuvo muy ciertamente dotado de cualidades mentales de una poderosa originalidad y de un sentimiento de la belleza notablemente desarrollado. No tememos afirmar que en ningún otro pueblo en efecto, la vida social, política y religiosa, se ha mostrado aureolada de un simbolismo místico tan intenso, habiéndose manifestado bajo las formas de una suntuosa e impresionante belleza. Si es verdad que la historia de un pueblo puede leerse en la de su

cerámica, cuan llena de emocionantes perspectivas ha debido ser la de un pueblo donde este arte llegó a un grado de perfección tan notable y donde estuvo al servicio de la más singular riqueza ideográfica que sea posible imaginar.

Sobre piezas de cerámica innumerables, signos enigmáticos han sido pintados o grabados, emblemas, símbolos, siempre los mismos, siempre llevando el sello de la misma escuela cualquiera que sea la distancia que separan las localidades en las que se las ha encontrado.

[…] Nos reduciremos ahora, al final de la presente, a reafirmar nuestra convicción ya muchas veces manifestada de que la existencia de una Atlántida de más grande envergadura que la de Platón, en donde había reinado una civilización primordial, madre de todas las otras, cuya sede principal estuviera en América, tal como el doctor Robert Henseling, profesor de Arqueología de la Universidad de Berlín no teme afirmar, es una suposición tan perfectamente concebible como científicamente admisible. La conquista del Imperio Prehistórico, cuya majestuosa imagen acabamos de evocar, ha aportado una hipótesis semejante, un material constructivo, cuya extraordinaria importancia sería imposible querer negar.

Es a la Arqueología Comparada universal tal como la comprenden y la enseñan en la Escuela de

Santiago del Estero, que incumbe la tarea de determinar el verdadero valor de esta nueva documentación, así como las conclusiones que conviene sacar de ellas y a las cuales será en vano querer substraerse.

* Fusaiola: Pieza de cerámica, con forma circular y un orificio en el centro, utilizado para pasar un huso de hilar, generalmente fabricado con hueso.

Manuscrito original provisto por la Sra. Haydeé Wagner de Costas.

Quipu Editorial
Santiago del Estero
Argentina

editorial.quipu@gmail.com